

¿Adivina
quién
soy?

Eduardo Kohatsu G.



Instituto
Cuanto

¿Adivina

Quién Soy?

Instituto Cuánto

Consejo Directivo

Richard Webb

Graciela Fernández Baca

Secretario General

Moisés Ventocilla Alor

Permitida la reproducción de algunos artículos
de este Libro citando la fuente.

Lima, octubre del 2007

© Instituto Cuánto

Calle Baltazar La Torre 1115

San Isidro, Lima 27, Perú

Teléfonos: 264-1699, 264-1695

Fax: 264-3505

E-mail: institutocuanto@cuanto.com

Página Web: www.cuanto.org

INDICE

Presentación	7
1. La moda no incomoda	9
2. Se revive moribundas	11
3. Trapecista sin trapecio	13
4. Regalos explosivos	15
5. Poniendo el hombro	18
6. La única en el Perú	21
7. Sopa de letras	23
8. Más llaves que San Pedro	25
9. Bastón y plomada	27
10. Sin remedio	29
11. Sigmund Guau	31
12. Segunda especialización	33
13. Esquimal andino	36
14. Cambio de piel	38
15. Un comercial y regreso... ..	40
16. Calichines	42
17. Sembrando latas	44
18. La voz	46
19. Bajo tu piel	48
20. Arte embotellado	50
21. El dibujo animado	52
22. Saber escuchar	54
23. Shhh... no molestar	56

24. Los modelos	58
25. El socio	60
26. La joroba de la suerte	62
27. Choros a la chalaca	64
28. Mucho gusto	66
29. Vida silvestre	68
30. Faraón casero	70
31. No es sencillo... ..	72
32. Investigando el lecho	74
33. Publichicha	76
34. La bella y la bestia	78
35. Disparos al aire	80
36. Preguntar es vivir	82
37. Tan solo papeles	84
38. Para comerte mejor	86
39. Cuatro patas en Miraflores	89
40. ¡Caracoles!	91
41. Las metamorfosis	93
42. El Gulliver ponja	95
43. Cabezas y mano	97
44. La mano al paso	99
45. Bookbuster	101
46. [Grifera]	103
47. Homenaje debido	105
48. Trabajo al azar	107
49. Un retazo de vida	109
50. Ateeennncción... Ateencioooooonnnn... ..	111
51. En alas del trabajo	113
52. ¿Adivina quién soy?	115

Presentación

Adivina quién soy nació para buscar las respuestas que no encontraban ni los economistas, ni los sociólogos ni los investigadores: ¿Dónde se encontraba toda esa multitud que no había sucumbido al narcotráfico, la delincuencia, a la prostitución o quizás al terrorismo? Si no estaban en alguno de estos extremos, ni en el sector formal ni en el informal, si no eran subempleados ni ambulantes... ¿Dónde estaban y sobre todo ¿De que vivían?

Encontramos así trabajos de los más curiosos, raros, difíciles, quizá absurdos... pero todos honrados y dignos. Cada uno de estos trabajadores es un personaje y un ejemplo. Y al final no nos quedamos no solo con lo curioso o gracioso de sus labores, sino con su voluntad, imaginación e ingenio para ganarse la vida o sobrevivir. Por su esfuerzo en no doblegarse ante lo seguramente más fácil, más rentable, pero seguramente malo. Ese es un verdadero mérito.

El paso del tiempo en algunos casos los ha perpetuado. La mayoría de ellos ha cambiado de oficio. No importa. Sus testimonios quedarán como ejemplo. Sin melodramas ni historias tristes. Sólo con ese inconfundible rasgo peruano de sobrevivir en las peores situaciones, empleando el verdadero valor y la sabiduría informal. Para ellos está dedicado el libro.

Eduardo Kohatsu

LA MODA
NO INCOMODA



Nuestro país se ha caracterizado por su tradición textil y buen gusto en lo que se refiere a modas y estilos. Doña Paquita no se codea con los estilistas de renombre ni frecuenta los desfiles de moda. Sin embargo, maneja un negocio de ropa tan exclusivo que sus clientes no le compran sus confecciones: ella las alquila.

Sus clientes también son exclusivos, pues generalmente utilizan sus modelos una vez u ocasionalmente dos, por olvido. Esta ropa tan exclusiva sirve para ingresar a un lugar bien conocido, pero poco frecuentado. La característica de todo este vestuario estriba en el color. Pueden ser último modelo, de hace 5 años, de cualquier tipo de tela, pero todas deben cumplir un detalle riguroso: no ser de color marrón o de colores oscuros.

Y como para completar esta curiosa situación, Doña Paquita no requiere local propio: atiende a su clientela en una carretilla de madera. Sus clientes se prueban el vestuario en la calle.

Y conste que ellas y ellos le tienen total confianza. Incluso más que a cualquier custodio de orden público.

“Antes el negocio estaba mejor, alquilaba cerca de 15 faldas y pantalones por día, ahora sólo 6”.

Ella, junto con sus dos hijas, se dedica al alquiler de ropa para las personas que visitan los penales de Lurigancho y Canto Grande. Debido a que los uniformes de los empleados del INPE (Instituto Nacional Penitenciario) son de color marrón, está prohibido el ingreso con prendas de ese color para evitar confusiones o fugas. Además está prohibido el ingreso de las mujeres con pantalón o zapatillas, donde podrían ocultarse cosas que no deberían entrar al penal, como drogas, licores u otros, que finalmente ingresan de otra forma.

La gente inexperta que visita por primera vez los penales y afronta esta situación recurre a la señora Paquita, quien alquila las faldas y pantalones a 500 intis; las sandalias a 200. Una vez transado el negocio, los clientes se cambian *in situ* y encargan sus ropas a la propia alquiladora.

Doña Paquita realiza este trabajo desde 1980. Al principio sólo se dedicaba a su kiosko de comida, pero viendo las dificultades que tenían las personas que visitaban a los presos surgió la idea del alquiler. Generalmente usa ropa que compra a los ropavejeros y a los mismos familiares de los presos.

Las visitas a las cárceles, denominadas irónicamente CRAS (Centro de Rehabilitación y Asistencia Social), son los días lunes, miércoles y sábados, para las mujeres; domingo para hombres. En esos días y considerando las fechas (fiestas e indultos) Doña Paquita puede sacar un promedio de 4 millones diarios. Sumando a esto sus ganancias en otros penales, gana alrededor de 48 millones de intis mensuales (*).

“Antes traía ropa más o menos nueva y sandalias en buen estado; pero alguna gente viva no regresaba, y ahora pongo ropa más modesta” dice en tono melancólico Doña Paquita, tal vez recordando otras épocas donde no se desvestía un santo para vestir a otro.

Febrero 1991

* Equivalente a US\$ 72.7 de la época.

*SE REVIVE
MORIBUNDAS*



Cuentan que Miguel Ángel, luego de terminar su inmortal “Moisés”, contempló por un momento su obra y luego la palmeó. Silencio. Otra palmeada. Otro silencio. Luego vino una cachetada definitiva sobre el rostro del bíblico personaje y las inmortales palabras: “¿Porqué no hablas?”.

Sergio no se considera un Miguel Ángel pero, al igual que éste, busca dar vida a sus obras.

Su trabajo, en varias ocasiones, ha devuelto la sonrisa al rostro de una niña; en otras, venerables ancianas han vertido lágrimas de emoción al ver renacer un tesoro de su niñez o juventud al que creían perdido.

Para algunos son simples objetos desechables, efímeros, de valor despreciable. Pero Sergio sabe que tras su objeto de trabajo está toda una historia.

Pega piernas y brazos; compone ojos y hace nacer blondas cabelleras sobre calvas incipientes.

Un cirujano en su arte. Sin embargo, no es un Dr. Frankenstein: no tiene el don de dar vida, sólo la recrea.

Sus pacientes no tienen el apuro de otros; pueden esperarlo indefinidamente, aguardando el milagro que les devuelva lo perdido.

Sergio tiene un ojo experto con sus pacientes: para él no hay caso perdido, a todas (su clientela es generalmente femenina) les da la esperanza deseada.

El tiene su “clínica” en Lima, un pequeño local que no posee ni una cama y menos una sala de cirugía. Posee un vistoso letrero que habla por sí sólo de sus talentos: “**Se revive moribundas**”.

Sus tarifas no son para asustar a nadie: en promedio de 3 a 5 mil intis y, en casos de gravedad, puede llegar a los 10 mil intis. En casos únicos ha llegado a cobrar hasta 100 dólares, pero en operaciones de casos desahuciados por otros.

Además es consciente de la actual situación, pues no da receta ni pide medicamentos.

Sergio se define como un tipo común con una habilidad especial para su oficio. Muchos de sus amigos hacen chacota de su profesión, pero él dice que es por la envidia. Verse rodeado de muñecas es un sueño perseguido por muchos.

Sergio es especialista en repararlas, ya sean de plástico, trapo, cerámica u otros materiales inimaginables y costosos.

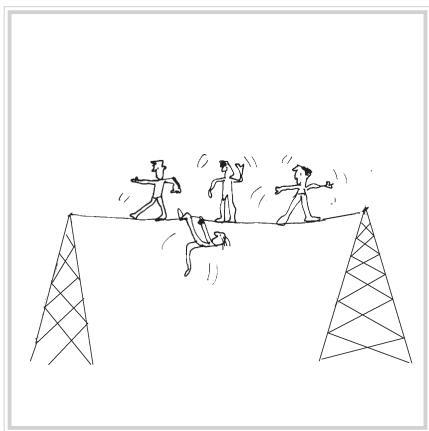
A pesar de lo hermoso de su oficio, Sergio tiene que dedicarse a muchas otras cosas, pues actualmente la “cirugía muñequística” no da para vivir. También crea juguetes de tela, los cuales tienen mucha demanda.

¿Su máxima aspiración? Viajar al extranjero y aprender más sobre su trabajo.

No lo contó, pero imaginamos que Sergio espera que, al igual que Gepetto, algún día tendrá a una muñeca entre sus manos que le diga: “¡Papá!”

Marzo 1991

**TRAPECISTA
SIN TRAPECIO**



Filadelfio Rogelio es el moderno trapequista peruano. Aunque en los circos están en grupos de 4 a 6 artistas del trapecio, él trabaja con grupos de a 15 a 20. Todos ellos trepan alturas peligrosas sin ceremonias ni fanfarria. Nada de vestidos multicolores o mallas ajustadas. Visten gruesas chompas, pantalones forrados de cuero y botas de goma.

Chambean a cualquier hora del día. Viajan en un viejo camión, en la parte de atrás, con los bultos. Nadie los aplaude, ni festeja cuando hacen su trabajo. Sin embargo, cualquier mal movimiento puede traer funestas consecuencias.

A diferencia de otros artistas, puede estar sin laborar una semana y luego trabajar 72 horas seguidas. En caso de accidente, Rogelio jamás se agarra de los hilos. Prefiere caerse y “tener la suerte” de sólo fracturarse algo. Aunque estos cables pueden resistir varios cientos de toneladas, de nada le serviría quedar prendido de tales “soguillas”.

En el escenario, nuestro personaje se agarra como araña, sube, baja, se balancea de un lado a otro, pese a los vientos de 100 kph y temperaturas bajo 0. Se encuentra habitualmente a 4 mil metros de altura. No hay carpa, no hay pista, no hay red de seguridad.

Su trapecio recorre toda la cordillera de lado a lado. No hay damas en su *troupe*. Sólo varones.

Su público, la razón de ser de los artistas, es escaso y nada estimulante: a veces algún policía o soldado, un campesino; a veces le ha tocado algún terrorista que hace tiro al blanco con ellos.

Filadelfio Rogelio es un electricista especializado. Su trabajo: reparar torres de alta tensión destruidas o dañadas.

Rogelio es parte de la decena de cuadrillas que cotidianamente se encargan del mantenimiento del sistema interconectado del Mantaro.

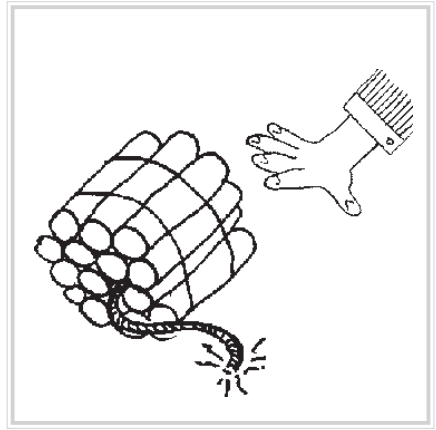
Su trabajo es de alto riesgo: debe reparar en el más breve plazo las torres que alimentan las ciudades más importantes. Debe trabajar en cumbres heladas, donde los vientos son huracanados y los cables cargados con 10 mil voltios se enroscan y mueven como serpientes próximas a morder. Y con 10 mil voltios no hay aislamiento que se resista. Por eso los cables no se aíslan: sería inútil. Aún las torres se electrizan y a 50 metros se puede sentir el cosquilleo de la estática y cómo la torre “jala”.

Su sueldo es un poco más del mínimo. El Estado paga lo que puede o menos. En poco más de 15 años de trabajo, Rogelio ha visto morir a 5 compañeros: 3 en accidentes y 2 por los subversivos que los han amenazado si siguen reparando las torres.

Viendo televisión, él no piensa en “Chelita” o en alguna otra vedette. Preferiría trabajar con el “hombre araña”.

Mayo 1991

***JALANDO
LA PITITA***



A Johnny le encantan los regalos. Para los cumpleaños, matrimonios, aniversarios, en fin. Nunca pensó que se iba a ganar la vida abriendo paquetes.

Lo llaman y siente natural curiosidad. Monta en su vehículo y raudamente corre por las calles. Pero todo cambia cuando llega donde tiene que llegar. Allí todo está calmado. Nada de apuros.

Llega Johnny y mira su “regalo”. Es un inesperado mediodía de sol y se tiende sobre el suelo tratando de adivinar qué será. Los curiosos se agolpan a prudente distancia. Como en una fiesta, todo el mundo aguarda con suspenso a que Johnny abra su paquete.

Lo que menos desea Johnny es una sorpresa. Odia esos paquetes anónimos, pero sabe que le están dirigidos.

“Alguien tiene que hacerlo” piensa mecánicamente, mientras toma las precauciones del caso: amarra una delgada pita alrededor del paquete y se aleja a cierta distancia. Esto acrecienta la curiosidad del público. Un suave tirón y luego de un largo segundo, nada pasa. Un suspiro, y ahora sí, a abrir el “regalito”.

A menos de 5 centímetros del dichoso bulto, Johnny saca un bisturí e inicia la operación. Paso a paso va cortando la envoltura de papel y cartón. Mientras lo abre, aromas conocidos van llegando a su nariz. ¿Colonia?, ¿loción para después de afeitarse?, ¿bombones? Nada que ver, son otros olores demasiado peligrosos para la salud.

Llegó el momento en que hay que hacer fuerza para abrir el paquete. Con expresión de aburrimiento, como imaginando el desenlace, Johnny da un nuevo tirón, y... ¡ya! se abrió.

El público suspira aliviado y, como se acabó el show, se va dispersando. Pero para nuestro personaje es sólo el primero de los 4 regalitos que, en promedio, debe abrir cada día.

Coge el ahora inofensivo bulto y lo entrega a otro compañero para que lo analice.

A veces se pregunta si la gente comprende cuan difícil puede ser su chamba de abridor de paquetes, o más propiamente, miembro del Escuadrón de Desactivación de Explosivos (EDEX) de la Policía Nacional.

Luego de cumplir su ciclo normal de capacitación en la escuela de policías, Johnny se especializó en explosivos, siguiendo inclusive cursos en el extranjero, habiendo trabajado también con perros detectores.

“¿Que cuánto gano?” exclama Johnny mirándonos como si nosotros hubiéramos puesto la bomba. Sin mucha seguridad dice que en promedio cerca de 90 millones de intis.

“Cada día la situación es más difícil”. Recuerda con nostalgia las primeras bombas caseras, hechas artesanalmente. “Ahora”, nos cuenta, “hay artefactos complejos con componentes electrónicos y sensores”: los que ponen bombas también se están actualizando peligrosamente.

“La dinamita, como explosivo de uso común, ya se está haciendo obsoleta, ya que su manipulación y efectividad son mínimas, comparadas con las bombas de aluminio y plásticos explosivos”, que centuplican el poder del producto inventado por Nóbel.

En su oficio, el primer error es el último. Hay compañeros suyos en provincias que han sufrido daños por la explosión de bombas, mutilaciones y parálisis (*).

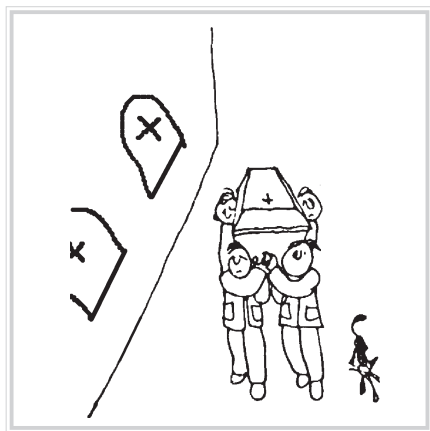
-“¿Entonces, por qué sigues?”

-“Alguien tiene que hacerlo” nos dice con estudiada resignación. Fuera de servicio hace una vida común y corriente y de vez en cuando se toma unas chelas con sus amigos. Pero suave nomás: no le gustaría que le dijeran que se ha tirado una “bomba”.

Junio 1991

* Un policía ganaba en esta época aproximadamente US\$ 200. No tenían seguro de vida.

*PONIENDO
EL HOMBRO*



Cuando le propusieron el trabajo, Luis preguntó en qué consistía. “Cargador de etiqueta” le dijeron. Perplejo, repreguntó: “¿qué es eso?”. “Vas a cargar cajones con un smoking”. Rascándose la cabeza inquirió: “¿Qué es un smoking?”

Cuando le explicaron bien el asunto, se negó de plano; pero luego aceptó poner el hombro. Luis siempre pone el hombro cuando de trabajo se trata. No es que sea hincha del alcalde Belmont (por lo de “pon el hombro mi hermano”) sino que su delicada tarea exige de él (y especialmente de su hombro) especial firmeza, perfecto equilibrio y nervios de acero.

Generalmente no trata con sus clientes, y si los conoce ya es tarde para formalizar cualquier vínculo. Lo contrata la familia o el mismo interesado, sin conocerlo.

A veces Luis se toma sus tragos con sus patas, pero jamás de los jamases sus amigos, ni aun pasados de copas, le han pedido que los cargue.

En su trabajo, no tan cotidiano, Luis siempre labora en grupo -4 para ser exactos.

Como un grupo de bailarines, deben tener una sincronización perfecta, aunque sus pasos son casi siempre monocordes.

Su trabajo exige seriedad y precisión a toda prueba. No sonrío cuando está en plena actividad y siempre viste de negro riguroso.

Su oficio está catalogado como “cargador de smoking”.

-“Al comienzo te deprimes porque todos lloran y aunque es tu chamba, los amigos y la familia siempre quieren cargar a su fallecido, aunque sea un ratito”.

Nos olvidamos de mencionar un pequeño detalle significativo, indispensable para su trabajo: Luis es negro, igual que sus otros tres compañeros de chamba.

-“Dicen que este trabajo siempre ha sido así, que los cargadores siempre han sido de color, pero no sé por qué. Me dicen por que el negro es un color “elegante”.

Lucho ríe de su propio chiste. Nos cuenta que ahora ya no importa ni el color, la edad o la talla. Antes siempre eran morenos de mediana edad y altos. Ahora puede verse a chiquillos de cualquier edad o raza, y tallas disparejas.

En promedio gana por cada viaje algo de 5 soles (*). La ropa la proporciona la propia funeraria, donde él trabaja a tiempo completo como chofer.

Sólo ocasionalmente trabaja como cargador de etiqueta ya que la mayoría de la gente prefiere hacer ella misma el traslado. Sólo en ocasiones especiales –familias poco numerosas, de cierto nivel o quienes precavidos pagaron antes por el viajecito– le pasan la voz para el trabajo.

“Una vez uno de mis compadres se había pegado una tranca el día anterior y había venido sin comer al trabajo. Estuvimos tres horas esperando los discursos y las despedidas al difunto. Cuando estábamos ya a mitad de camino, mi compadre se mareó y se fue de bruces. Como nos agarró desprevenidos, se cayó el cajón y quiñó todito. La familia **nos quería meter en un nicho**”.

En este oficio, Luis generalmente carga dos o tres cajones a la semana. A veces requinta cuando es entierro de algún millonario. Supusimos algún

encono contra la gente de éxito, pero Luis nos dio una explicación **de peso**: -
“No me gusta cargar los cajones de lujo, porque generalmente no son de
madera, sino de metal”.

Agosto de 1991

* Equivalente a US\$ 6.25 de la época. El dólar estaba solo a 0.80, menos de 1 sol.

*LA ÚNICA
EN EL PERÚ*



Ella es única en el Perú. Es una dama por los cuatro costados. Lo que la hace tan particular de los demás es que puede hacernos “ver estrellas”. Y si nos portamos mal, nos “manda al espacio” Otra curiosidad más: generalmente la llaman sólo cuando hay eclipses.

María es una persona muy locuaz y extrovertida, que gusta de viajar y realizar proyectos sobre su carrera. Pero los “viajes” que ella realiza los hace por el cosmos, el espacio sideral. Con su sueldo sólo puede ir en microbús y pagando medio pasaje.

Por ser emprendedora y dinámica, muchos colegas masculinos la miran con recelo y suspicacia ya que creen que puede hacerlos “volar”.

Aunque en el país no se encuentren todos los equipos necesarios para que ella desarrolle su trabajo, nuestro personaje hace maravillas, debido a su entusiasmo por las ciencias y un amor a prueba de balas por su país y la universidad donde labora.

La Dra. María Luisa Aguilar Hurtado es, hasta el momento, la única mujer astrónoma que hay en el Perú. Es directora del Seminario de Astronomía y Astrofísica de San Marcos, también único en nuestro territorio.

Pese a ser nuestra patria un lugar privilegiado para la observación del espacio y los cuerpos celestes (galaxias, planetas, estrellas, etc.) no se cuenta con un observatorio adecuado. Así, cuando la doctora quiere ver las estrellas tiene que armar con sus colegas y alumnos, improvisados telescopios en zonas despejadas y alejadas de la urbe.

Últimamente, debido al famoso eclipse del pasado mes de julio, ella fue muy solicitada en todos los medios de comunicación. Nos contó que es falso que este sea el último eclipse del siglo.

“Todos los años se registran eclipses, pero por diversos factores no siempre son captados”.

Como docente, ella no usa telescopio sino microscopio para ver su sueldo. En promedio gana 200 dólares al mes.

Sobre la astronomía y el futuro del país podemos estar tranquilos: un grupo de chicos y chicas siguen los pasos de la doctora. Aunque viaja mucho, no se puede decir que esté “en la Luna”.

Setiembre de 1991

*SOPA DE
LETRAS*



Javier, soltero y con 27 años, vive de las letras, aunque no sea un cobrador ni nada parecido.

En realidad, bien vista la cosa, él no vive de las letras, sino de las palabras: le encantan los juegos de palabras y, sobre todo, las de doble sentido.

No es sicólogo, pero los congresistas y políticos lo buscan insistentemente para contarles sus problemas y pedirle favores. Es muy raro que proteste, sin embargo en las marchas es el blanco preferido de los palazos y el agua del rochabús. Y aunque es diabético, muchos de sus colegas lo acusan de “mermelero”.

Javier se codea diariamente con las más hermosas modelos, los últimos desfiles de moda y los artistas más consagrados. Ninguno lo conoce, pero igual siempre lo reciben con una sonrisa. Camina al costado del presidente de la república o los ministros y nadie le toca un pelo. Un carnet en su pecho hace emanar de él, una autoridad irresistible.

No hay puerta que se le cierre, aunque, a veces, se la tiran por las narices.

Exteriormente es un simple mortal, sin embargo, sus ojos son dos antenas parabólicas que no se pierden ningún detalle. En sus oídos hay dos

potentes sensores que captan desde los susurros de las moscas hasta todos los canales de TV y las estaciones de radio.

Usted puede confiarle su más íntimo secreto, tanto si desea que todos se enteren como si espera que él sea una “tumba”... respecto a usted.

Su profesión es considerada como “la manera más entretenida de ser pobre”. Gana 70 soles mensuales (*) por medio día de chamba y hace prácticas en otro género de su profesión de 3 a 10 pm., por lo que recibe sus pasajes. Descansa los sábados, pese a no ser judío.

Tiene que ver muertos sin ser médico o escuchar a gente con problemas a los cuales no puede ayudar.

Su ritmo de trabajo es intenso y, como muchos de sus colegas, siente los rigores del estrés y observa los síntomas de la tensión nerviosa en sus jefes. No es para menos: representa a la opinión pública. Javier tiene “la profesión más peligrosa del mundo”: es periodista.

Desde pequeño, siempre se sintió atraído por las revistas y periódicos. Ya de grande escribía en el periódico mural de su colegio. De ahí a ser un comunicador social sólo había un paso: postuló a San Marcos e ingresó. Junto con sus estudios universitarios, se preparó en locución y relaciones públicas, otra de sus habilidades, ya que le encantan las relaciones humanas y las reuniones, vale decir es “patero y fiestero”.

Reparte sus labores entre una conocida revista, donde es redactor y relacionista público, con sus prácticas en un canal de TV, donde se desempeña como reportero de noticias.

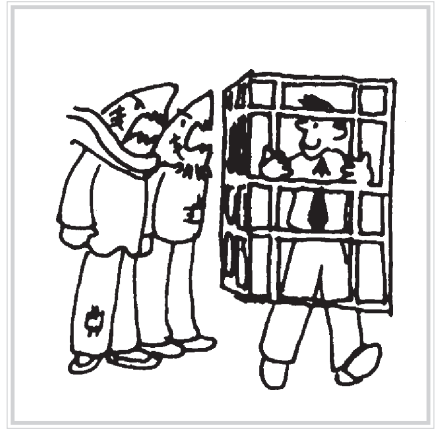
Su trabajo muchas veces es anónimo y sólo puede (podemos) confiar en que el lector quede satisfecho con la calidad y oportunidad de la información que obtiene.

Al conmemorarse el “Día del Periodista” el primero de este mes, dedicamos esta nota a nuestros colegas.

Octubre de 1991

* Equivalente a US\$ 76.1 de la época.

*MAS LLAVES
QUE SAN PEDRO*



Cuando era pequeño, la mamá de Walter siempre le decía que si no se portaba bien, si no tomaba la sopa, si, en fin, no se portaba como era debido, llamaría un policía para que lo llevara preso.

Lo gracioso es que pese a que se portó bien, terminó en la cárcel. ¿Algún típico error judicial peruano? No, ya que Walter no tiene esos problemas. Se podría decir que está ahí por su gusto. Cuando pensamos en su trabajo recordamos a esos émulos de Adolfo Hitler, los terribles SS, ogros malévolos, de cara retorcida. Su chamba consiste en vigilar gente así.

Walter, de 32 años, casado y con 2 hijos, está metido entre rejas y prisiones. Pero es más inocente que chica quinceañera.

Por eso todas las tardes sale y va a su casa. Pero regresa de nuevo al otro día, pese a trabajar entre gente peligrosa.

Él es empleado penitenciario en Lurigancho. Estudió en la Escuela del Instituto Nacional Penitenciario (INPE). Ahí le enseñaron casi todo lo que debería saber sobre su trabajo: administración, psicología, trabajo social y defensa personal, por si acaso.

“Nadie nace con vocación de agente penitenciario o carcelero, sucede que se necesita el trabajo, conoces la situación y... bueno aquí estoy” nos cuenta.

En total son 2,270 empleados del INPE, encargados de custodiar a 18 mil internos en los 110 penales de todo el país.

Todas las mañanas parte rumbo a cualquiera de los penales donde esté asignado. Allí ingresará, a veces tranquilo, a veces, no tanto; depende de donde tenga que ir. Si va de visita a los pabellones “comunes”, no hay problemas. Es en las zonas “especiales” (presos de alta peligrosidad o subversión) donde cualquier cosa podría sucederle, pese a que va acompañado.

Su trabajo es muy difícil, más aún en estos tiempos de crisis, donde sufre la presión de los detenidos, los familiares de los reos y la policía que custodia los penales.

Los riesgos de su trabajo implicarían un sueldo que lo justificara mínimamente, pero gana tan sólo 60 soles y no tiene, afirma, ningún seguro por riesgo de trabajo (*).

Noviembre de 1991

* Equivalente a US\$ 58.8 de la época.

**BASTÓN Y
PLOMADA**



Según los expertos, el ser humano puede resistir una semana sin comer, pero sólo dos días sin agua. Don Mateo es una refutación contundente de esto: hace como 10 años que no toma agua.

Don Mateo sería millonario si trabajara en algún país árabe. También sería famoso si trabajara en Sedapal. Pero no. Residiendo en las alturas de Huarochirí, vive trashumante en una pequeña casa labrando la tierra o haciendo ladrillos de adobe. Hasta que llega el verano.

En la Costa empiezan los calores y las tangas playeras. En cambio en la Sierra, se inicia la época de los fríos y las lluvias. Usualmente debería ser así en toda la serranía, pero a veces la mala suerte inicia también épocas de sequía en muchos campos. Allí entra a tallar Don Mateo.

Lo vienen a buscar de toda la región. Rostros ansiosos, desesperados, nerviosos. Para muchos, el arte del viejo Mateo puede ser la diferencia entre un año de abundancia y otro de hambruna y muerte.

Don Mateo no es ni brujo ni ingeniero agrícola. Sabe tanto de la tierra como cualquiera de sus paisanos y, a veces, menos. Su oficio, profesión, habilidad o como quiera llamársele es innata. La descubrió a los 18 años, cuando su agudo instinto salvó a su comunidad de la sequía.

Sus instrumentos de trabajo son un bastón antiquísimo y una plomada llena de mercurio. Con ellos realiza una labor que a una compañía especializada le demandaría equipo técnico y no menos de una cuadrilla de ingenieros. En las zonas llanas pueden trabajar, pero en las alturas, Mateo no tiene competencia.

Igual que con el ministro de agricultura, de su trabajo depende la producción agropecuaria. Si a Rodrigo de Triana le dieron una pensión perpetua de 10 mil maravedíes al divisar el nuevo mundo y gritar “¡Tierra!”, a Mateo le pagan con 2 carneros (*) y le preparan una fiesta de 2 días si grita “¡Agua!”.

Don Mateo es un experto en **Hidroscopía**, es decir el arte de descubrir las aguas ocultas.

En muchos pueblos de la sierra, la llegada de la temporada de lluvia marca el inicio de la cosecha y nueva siembra. Pero cuando éstas no llegan y el calor empieza a secar la tierra, se requiere soluciones rápidas y efectivas: unos piden ayuda al ministerio, otros buscan salvar sus reservas y los más buscan a Don Mateo.

Luego de explicada la situación y los pormenores, Mateo parte a la iglesia del pueblo a pedir la protección y auxilio de San José, patrono de la agricultura. Luego sube a los cerros cercanos y hace ofrendas de coca y **llonque** a los Apus. Sincretismo cultural que le dicen. Al amanecer desciende de los cerros y empieza su tarea. En medio de rezos y cánticos, recorre todos los terrenos posibles con su bastón y la plomada de mercurio. Va marcando el suelo y siguiendo, según él, “el magnetismo” de la plomada.

Créalo o no, a los 3 días marca un sitio aparente y la gente empieza a cavar. El pozo tiene agua todo el año y funciona aún en época de sequía.

Mucha gente de su pueblo quiere que Don Mateo se mande al Ministerio de Agricultura como “técnico en aguas” pero no lo han aceptado. ¡El no toma agua, sólo toma gaseosas!

Diciembre de 1991

* Aproximadamente US\$ 100 al cambio de la fecha.

SIN REMEDIO



Vita (que en italiano quiere decir “vida”) es una dinámica y bella mujer. Aunque goza de una salud envidiable, pasa todo el día entre hospitales, clínicas y consultorios. A veces los médicos la atienden inmediatamente y otras, ya conociéndola, la dejan esperando hasta el final de la lista. Pero no le importa, ya que es parte de su trabajo. Pese a su salud de hierro, ella vive de las medicinas.

Cuando por fin entra a la consulta, repasa mentalmente todo lo que va a decir. Media hora después, los pacientes empiezan a desesperarse, preguntándose qué sería enfermedad tiene tan hermosa dama. Finalmente, cuando sale con una sonrisa y un doctor que la despide alegremente, la gente entra más confiada al consultorio.

Su segunda profesión, (la primera es socióloga) requiere paciencia de santo, tenacidad de hormiga, poder de convencimiento de político (no tradicional) y físico de atleta preparándose para las Olimpiadas.

Ella labora más de 8 horas, teniendo, a veces, que trabajar fuera de horario y viajar a provincias, siempre visitando a los galenos. Conversa con ellos y sin ser doctora les “receta” medicamentos.

Vita es visitadora médica. Trabaja para un importante laboratorio y se encarga de la distribución y venta de fármacos, tanto a hospitales y clínicas, como a consultorios particulares.

Su chamba consiste en informar a los médicos de los últimos avances en medicinas y hacer propaganda sobre los productos de su laboratorio. Para los 100 laboratorios nacionales y transnacionales que trabajan en el país, existen cerca de 2,000 visitadores médicos. De ese total, cerca del 15% son mujeres. Es una labor muy bien remunerada que puede reportarle unos 700 dólares mensuales.

Por ello, el trabajo de Vita requiere gran dinamismo y atención con los médicos, para que prefieran sus productos.

Hace 10 años fue una pionera en esta ocupación. En aquella época, cuando se inició en su inusual tarea, la profesión estaba copada por hombres, personas maduras y de imagen patriarcal.

Ella era apenas un chiquilla, pero con muchas ganas de sobresalir. Y lo hizo. Iba de consulta en consulta, muy nerviosa, hablando sobre productos de nombres difíciles, con propiedades que había leído en los catálogos. Y encima debía convencer a un médico que había estudiado 10 años para ello.

Una década más tarde, Vita es una eminencia rubia por lo que sabe sobre remedios. Conoce sus beneficios, las ventajas sobre otros similares, su dosificación y costo. Pero la vida siempre trae paradojas e ironías para todos. Cuando va donde su médico, este le receta medicinas... ¡de la competencia!

Enero de 1992

SIGMUND
GUAU



Ricardo es un especialista en salud mental, alguien a quien la gente llama “loquero”, es decir dedicado a los trastornos nerviosos. Pero sus clientes, en su mayoría pacíficos y tranquilos, llegan enjaulados o amarrados con cadenas. Y para tratarlos Ricardo debe tener, sobre todo, intuición.

A pesar de haber dedicado 12 años al estudio de su profesión, no se entiende con sus clientes más que por señas. Sino ladraran, mugieran, picotearan el suelo o arañaran, el consideraría que están más enfermos de lo que aparentan.

“Es normal que mis clientes muerdan, se suban a los árboles o simplemente se vayan a volar por los aires”, comenta nuestro personaje. ¿La antipsiquiatría, Lacan, o quizás, el sicólogo Poggi?

Nada de eso. Ricardo es veterinario de profesión, pero se ha especializado en psicología animal, es decir, es un psiquiatra de animales. Aunque su trabajo parezca extraño, es de vital importancia para el comercio y la industria.

Mal que bien, los peruanos nos estamos acostumbrando a los apagones y a los bombazos aquí y allá. Pero no ocurre lo mismo con los animales. Un estruendo cerca de una granja determina, por ejemplo, que las gallinas dejen

de poner huevos o que disminuya la producción de leche de vaca. En otras situaciones, ciertas razas de animales domésticos, especialmente perros, gatos y aves, son susceptibles de sufrir estrés o fatiga mental. Aunque usted no lo crea.

Ricardo nos relata que uno de los casos más difíciles que trató ha sido el de los pavos, animales estratégicos para las fiestas patrias y navideñas. En cierta granja, sin motivo aparente las aves amanecían muertas, sin rasgos de enfermedad y cuya carne ni siquiera podía ser vendida, ya que tenía mal gusto. ¿Alguna plaga rara?, ¿envenenamiento?, ¿“la tensión” de las fiestas?

Ocurría que los criadores, sin darse cuenta, colocaban pavos machos y hembras juntos coincidiendo con la época de celo. Cuando peleaban por sus parejas, los criadores separaban a las aves en corrales distintos. Era tanta la furia de las aves por no poder pelear, que morían “de cólera”.

Los casos más frecuentes son los de maltratos y de agresividad. “Descargan en ellos sus frustraciones o los mantienen encerrados semanas y se olvidan de darles de comer. Luego vienen a la consulta con cara de inocentes a preguntarme: ¿doctor, qué le pasa a mi “Fido”? La gente debe ser consciente de que las mascotas son seres vivos que sienten y sufren, no deben tratarlos como objetos”, afirma.

¿Cuánto gana este moderno San Francisco de Asís?

Entre consulta y casos especiales puede sacar al mes un promedio de 600 a 700 soles (*). Cuando le preguntamos qué mascota tiene, adopta un aire filosófico para confesar que una tortuga. “Son de carácter tranquilo, dóciles, muy inteligentes y, sobre todo... ¡no se pierden así nomás!”

Otra de las cosas que ha comprobado Ricardo en sus años de trabajo, es que los animales, inevitablemente (y sin alusiones personales), terminan pareciéndose a sus dueños.

Febrero de 1992

* Equivalente a US\$ 721.6 de la fecha.

**SEGUNDA
ESPECIALIZACIÓN**



Como el título de una película, nuestros personajes han sido “arrastrados por un insólito destino”. Los tres han recorrido las mismas aulas y estudiado las mismas cosas, pero nadie podría adivinar qué es lo que tienen en común.

Edmundo y Alfredo se preparan para salir a escena. Ambos deben entretener desde un tabladillo, con un par de luces y muchas butacas. Sus espectáculos provocan risas, gritos y hasta chillidos destemplados.

En cambio el trabajo de Jorge es muy distinto: su ambiente son lugares ruinosos y los únicos espectadores están mudos y silenciosos, a la espera de ser develados.

Las cifras, las estadísticas, los porcentajes, también dan risa, piensa Edmundo mientras exhibe su mejor sonrisa junto con su pareja de show.

“La basura de la Molina tiene mucha vitamina”, piensa por su lado Alfredo, y luego hace abstracción: “Pero la de Carabayllo, se la comen los chiquillos”.

¿Cuál habrá sido su promedio de vida? se pregunta Jorge pasándoles un pincel por la cara a sus inmovibles espectadores.

Alfredo, con un peinado “subte” y sus cantos de protesta; Edmundo, con la cara pintada y sus chistes; Jorge con un pincel y una lupa y sus teorías históricas, tienen –aunque usted no lo crea– la misma profesión.

Hablemos de ella ahora.

Edmundo no se arrepiente de sus ocupación secreta. A veces la ha ejercido –sugiere con ironía– pero no le causa tanta satisfacción como su chamba de payaso: sí, con traje multicolor y pintura en la cara. “Hacer reír es una cosa muy seria”, dice. Estudió en la universidad, pero no se ganaba mucho y se decidió por el humor.

En cambio Alfredo, de día es un serio asesor de empresas, con saco y corbata. De noche se transforma en un músico subterráneo totalmente imbuido en lo que algunos llaman, en su caso, música. Lo suyo es el ritmo, la cadencia disonante, el reflejo social, y si la gente se escandaliza de sus temas, le llega altamente.

Jorge cree que la arqueología es simplemente una variante de aquella ciencia gris que estudió en la universidad. Esta profesión le ha dado las herramientas para poder trabajar mejor... pero nada más. El está feliz entre huacas, excavaciones, e investigaciones históricas; se siente un auténtico antropólogo.

Edmundo labora en una ONG, con un sueldo promedio de 200 dólares. Por ser payaso gana amigos, ya que actúa ad honorem y, a veces, pasa el sombrero, obteniendo siempre más risas que ganancias.

Alfredo gana 300 dólares como asesor, pero la música es lo rentable para él: por una presentación (3 o 4 canciones) su grupo cobra en promedio 3 mil verdes; por un concierto de una hora pueden recibir hasta 5 mil dólares.

Jorge sólo gana como arqueólogo alrededor de 400 dólares al mes, aparte de los gastos de movilidad y comida que le son solventados por un museo. Pero, ¿ya adivinó cuál es la profesión secreta de nuestros personajes?

Ellos, al igual que la mayoría de los integrantes de **Cuánto**, forman parte de esa especie mutante e híbrida y que de vez en cuando constituye una plaga: los economistas.

Marzo de 1992

*ESQUIMAL
ANDINO*



Si usted cree que venderle helados a los esquimales es una locura, es porque no conoce el trabajo de don Tito.

El es un agricultor como tantos otros en el Callejón de Huaylas, exactamente en Huaraz. Es también guía de turistas, escalador, comerciante y hasta músico folclórico, cuando las cosas no andan bien. Pero donde él vive esto no es nada notable. Lo interesante es su oficio como leñador de hielo.

¿Lo duda? ¿Y qué hace con el hielo en plena Cordillera Blanca?

Desde su casa hasta el nevado más cercano hay 3 horas de dura caminata. Don Augusto parte a las 3 de la mañana y a las 6 llega hasta las faldas de los nevados. Algunos turistas tiritan de frío a su lado, mientras que él suda con su labor.

Los visitantes lo ven y creen que está loco. Alejado de la multitud, saca su hacha, sus aparejos y sogas y empieza a buscar entre la nieve.

Luego encuentra su objetivo: un gran peñón de hielo de un par de metros de largo. Con movimientos seguros hace marcas en la masa helada y va dándole forma de ladrillo, con su hacha va golpeando y separa un bloque de unos 80 kilos.

¿Se querrá hacer un iglú? piensan los paseantes, creyendo que es un esquimal. Frío, frío. Agosto corta hielo para raspadillas.

¿Raspadillas a 3 mil metros y 0°C? Caliente, caliente.

Don Tito, junto con sus hijos, se dedica a vender hielo a los raspadilleros de la ciudad de Huaraz. Puede ganar con suerte, 150 soles mensuales (*).

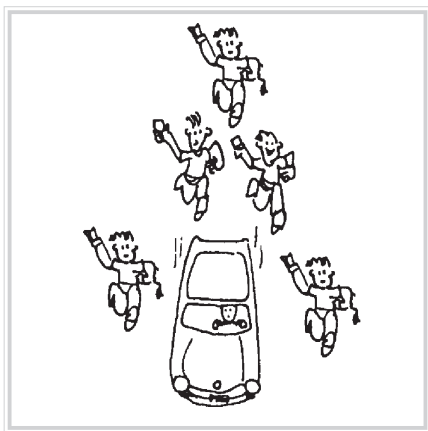
Luego de 3 horas de regreso y llevando a la espalda su helada carga, llega a la ciudad. Allí, en la plaza principal, los raspadilleros con sus cajas de tecnopor (oh, modernidad popular) lo esperan impacientes. Son casi las 9, pero ya empieza el calor, y los niños y paseantes piden chupetes y raspadillas. Luego de algunos tiras y aflojes pactan el precio: 20 soles el bloque.

Don Augusto no conoce a los esquimales, pero al mencionarle que son personas que viven todo el tiempo en el hielo, piensa que deben llamar a los bomberos. ¿Por qué? “porque el hielo quema”.

Abril de 1992.

* Equivalente a US\$ 147 de la época.

*CAMBIO
DE PIEL*



Marilú es una chica de múltiples intereses. Le gusta el periodismo, la investigación, el trabajo social. Es tan idealista que detesta los dólares. “No sé, esos billetes verdes, son tan repugnantes, tan... materialistas”.

En cambio para Roberto, los billetes le han trastocado la vida. Dejó los estudios y ahora tiene la oficina comercial más grande de Lima y hasta teléfono celular. Pero su negocio tiene aspectos raros. Cierta vez, por cortarse las uñas perdió 500 dólares. Así es su trabajo.

Darío, por su parte, soñaba con ser un Nicolás Lúcar; incluso se dejó los bigotes de hombre lobo. Se imaginaba entrevistando a los más prestigiosos financistas, políticos o a gente importante, tener oficina, computadora y secretaria. Ya tiene todo eso. Y lo ha logrado como los reporteros estrellas, en la calle, paradito en una esquina. Al comienzo debía practicar carreras de 100 metros para llegar a la gente importante.

Aunque los tres tienen una amplia cultura general, nunca pensaron que tendrían que saber quiénes fueron Ulises Grant, Benjamín Franklin o George Washington. Y, sobre todo, no olvidar sus rostros.

Y es que este trío se dedica a uno de los oficios informales más rentables: cambista de dólares.

La primera cuadra de Paseo de la República, Benavides o Larco son ahora los sitios preferidos de los Money Exchange lorchos.

Cada uno trabaja por su cuenta pero se conocen por amigos mutuos, así los reunimos para esta nota, mientras sacaban la cuenta de lo que iban perdiendo por la entrevista. Marilú es la intelectual del trío: “El dólar era una moneda de plata que circulaba por Europa, allá por el siglo XVIII. Dólar era también el nombre que le dieron al peso español que circulaba en las colonias inglesas. Dólar viene del alemán Thaler, moneda en uso en el Imperio germano. De ahí devino en daler, dalar, daalar y finalmente en dólar”, concluye Marilú, demostrando que sabe lo que cambia.

Roberto, en cambio, está satisfecho porque su “office” –en la esquina de Ocoña y Camaná– tiene hotel “al paso”, cine y academia de idiomas. Y no le cuesta mucho. Cuando se inició todo le fue bien, hasta que un día se cortó las uñas en exceso, porque no le dejaban trabajar. Fue su perdición. Esa noche, una parejita de gringos le cambió 5 billetes de 100 dólares. Los revisó, miró y les pasó los dedos –de uñas cortas y limpias– para comprobar sus relieves. El resultado es que lo limpiaron. Cuando quiso cambiar esos billetes, sus colegas los tiraban al suelo, mientras le decían, con sutil ironía: “úsalos de papel higiénico”. Ahora los tiene de adorno en su casa.

Darío trabajó en un informativo radial durante dos meses y comprobó que sus honorarios no le alcanzaban. “Hice una nota sobre los cambistas y en los 10 minutos que conversamos, mi entrevistado se ganó 10 soles”. Ahí se decidió, aunque con la estabilidad del dólar piensa regresar al periodismo.

¿Cuál es el secreto de los cambistas? Cada uno tiene su método. Marilú recurre a sus amigos del banco, que le avisan cuando compran. Roberto tiene una asociación: él pone el capital y deja que sus socios trabajen con él. Luego comparten parte de las ganancias. Darío corre al banco, a las casas de cambio, a la Bolsa de Valores, en cada lugar hace pequeñas transacciones, comprando y vendiendo. Lo importante, para él, es que su dinero no se estanque, sino que esté circulando.

Mayo de 1992

UN COMERCIAL Y REGRESO...



Lucio está atrapado por una caja. De ella depende su sustento, en buena medida. Cada segundo, cada instante debe estar pendiente de la susodicha caja. Un pestaño y pierde.

Lucio tiene un oficio de lo más extraño. Cientos, quizá millones de personas lo hacen gratis y hasta con placer. La gente le dedica más tiempo que tal vez a su familia o parientes. Los entretiene, enfurece y la más de veces, los deja dormidos. No importa. Al día siguiente volverán a hacerlo, sin escarmentar de lo sufrido en días pasados, con alguna vana esperanza.

Ver televisión, es la cosa a la que le dedican más tiempo los peruanos, luego de trabajar y viajar en micro. Las noticias, los programas de concursos, las novelas, los programas de la noche, todo bien aderezado con su avalancha de publicidad. Un comercial y regreso. Para algunos un respiro, para hacer otras cosas y para otros un mal necesario.

Algunos críticos de la TV, siempre comentan que a veces la televisión es tan mala que debieran pagar por verla. Y Lucio les da la razón. Otros dicen con sorna que no debieran interrumpir los comerciales con retazos de programas. Lucio les agradecería eternamente. De alguna manera, Lucio es también crítico de TV, a diferencia de sus colegas de prensa, él no ve los programas, sólo los comerciales.

Lucio es supervisor de comerciales. Trabaja para la Supervisión Nacional de Comerciales. Ellos se ocupan de hacer el seguimiento de la publicidad en radio y TV, durante las 24 horas del día, tanto en Lima como en provincias.

Dependiendo del turno de 6 horas (quién aguantaría más) Lucio se desayuna con los comerciales y sigue con los dibujos animados. Junto con sus compañeros, cada uno mirando el canal escogido, van chequeando los listados de publicidad y la programación del día. En la mañana no hay problemas, la publicidad es regular. Al mediodía, la **hora pico** del rating, los comerciales son una avalancha donde al menor descuido o parpadeo, se pueden perder de vista una tanda comercial. Tómese en cuenta que un comercial estándar dura algo de 30 segundos y una cuña o ráfaga (publicidad de recordación de algún producto conocido) algo así como 5 ó 10 segundos.

Por su trabajo recibe cerca de 200 nuevos soles mensuales (*). Al final de cada jornada los ojos y la cabeza le duelen un poco, pero nos aclara que no es por el trabajo, sino por las cosas que ve y escucha en la “caja boba”.

“Viendo tanta tele, uno aprende a valorar otras cosas, como la lectura o hablar con la familia, con mi señora, con los niños” ¿Así descansas? “No. Alquilo algunas películas y prendo mi VHS”. Lucio es de los que llevan el trabajo a la casa.

Junio de 1992

* Equivalente a US\$ 169.5 dólares de la fecha.

CALICHINES



Luchito se pasa de informal. A pesar de trabajar en una empresa de prestigio, todavía no se preocupa por su futuro. No va al colegio, no estudia, y el único documento de identificación que posee es su partida de nacimiento.

Su mamá tiene que llevarlo al trabajo, porque él no sabe cruzar la pista. Todavía no ha aprendido el abecedario y aunque pronuncia bien su nombre, no puede escribirlo.

En cambio, sabe los nombres de todos los cantantes de moda y sus mejores canciones; habla con las chicas, pero hasta las quinceañeras son demasiado viejas para él.

“Esto no es cosa de niños” le dicen los más cuajados profesionales de su centro de trabajo, tienes que prepararte, estudiar, madurar, perfilar la voz. “Ná que ver” dice nuestro entrevistado, mientras toma su vaso de leche y mira los dibujos de su **Coquito**.

¿Es que tanto ha bajado el nivel de los comunicadores, eh amiguitos? preguntaría Jaime Bayly. Nada de eso. Lo que pasa es que algunos nacen viejos y otros son jóvenes hasta los 100 años. Y ese es el caso de nuestro invitado, quien es locutor de radio.

El sigue el camino de Micky Rospigliosi y Sammy Sadovnik, quienes empezaron casi desde la cuna en el mundo de las cabinas y los micros.

Hoy, pasados los años, Luchito y otros niños forman un club muy selecto de los minilocutores, junto con otro niño comentarista deportivo y la niña que da la hora en radio Cora, donde el más viejo tiene 14 años y el más joven, 4 añitos. Debe ser la única asociación de comunicadores que se acuesta antes de las 11 de la noche, no fuma, ni toma.

Sus honorarios profesionales distan mucho de los que reciben las estrellas de la televisión o de la radio... cuando cobran. Generalmente son sus padres los que, como productores de programas o locutores, perciben ingresos. En promedio, un periodista o locutor tiene como remuneración mensual alrededor de 250 soles, pero ellos reciben más o menos 100 soles (*) como propina. Todo depende del humor del papá.

Con esta propina pueden pagarse sus vicios y necesidades, como caramelos, sus Ataris y pañales. Todos ellos llevan en su sangre la pasión por la comunicación y los micrófonos. Esperan llegar a ser como el Veco, David Odría o Martínez Morosini. Sólo tienen un temor: que con la edad les cambie la voz y su carrera se trunque por culpa de las hormonas, los “gallos” y el desarrollo.

Julio de 1992.

* Equivalente a US\$ 80 al cambio de la fecha.

*SEMBRANDO
LATAS*



Si a Don Olegario le hubieran dicho en su tierra que en Lima iba a sembrar latas y clavos, “hubiera agarrado a palos al gracioso”, nos dice, sin saber qué tan ciertas resultarían esas palabras.

Sembrar era, para él, una cuestión de tradición y de orgullo. Sus padres y abuelos habían vivido de lo que producían sus chacras y tenían fama de tener “buena mano” para la siembra. Por ese tiempo papas, camotes y maíz, surgían por los campos y daban para sobrevivir.

Vino entonces una época dura de hambre y frío –como en sequía– donde no había ni para vender ni comprar. Crisis económica le decían. Allí no más cogió sus cosas y se vino a Lima para no morir de hambre.

Apenas llegó, chambeó en uno y mil trabajos para sobrevivir: peón de construcción, cargador de bultos en La Parada, jardinero y otras ocupaciones más, hasta que consiguió algo de plata como capital y se dedicó a la venta ambulatoria de ropa. Consiguió un cuarto en un callejón.

Vivía más holgado pero le faltaba algo, su sangre era sobre todo, campesina. Necesitaba una casa, un terreno. Algo que podría decirse suyo, su tierra. Una casita –“más que sea chiquita”– pero eso sí con un huerto para

sembrar papas, cebollas, maíz y todo lo que comía en su tierra natal, para no perder la costumbre.

Así, al presentársele una de esas acostumbradas e ilegales invasiones, corrió presuroso con sus esteras y cosas. Por fin algo propio (aunque no con su dinero), su tierra, su terreno. Cuando al amanecer pudo apreciar el panorama, tuvo su primera desazón: ¡era un arenal! Lleno de piedras y basura. No era muy factible que aquél suelo diera algo más que dolores de cabeza. “No importa, es mi casa, ya veré lo que se puede hacer”, pensó.

10 años después la casa de Olegario en “Pampas de San Juan” parece un oasis verde junto a las otras casas que están rodeadas de plantas. Sólo una loma parda señala que aquello fue alguna vez un arenal.

Sin saberlo y en forma autodidacta, Olegario ha creado sus propios biohuertos. Apila los desechos orgánicos vegetales que encuentra y los transforma en humus; junta todos los papeles viejos, diarios y otros desperdicios, los quema y utiliza como abono. Reúne todas las latas viejas que hay en las pistas o basurales, las entierra y abona sus plantas. Así, don Olegario ha formado un respetable jardín botánico, del cual surte a numerosos colegios y parques que le solicitan flores y plantas ornamentales. Sus ganancias al mes sólo llegan a los 150 soles (*), pero con otros cachuelos y otras cosas que siembra para comer la va pasando. Su ejemplo ha sido visto por algunas instituciones que quieren que difunda sus conocimientos a otras personas.

Agosto de 1992.

* Equivalente a US\$ 116 al cambio de la fecha.

*LA VOZ QUE
NOS EMPUJA*



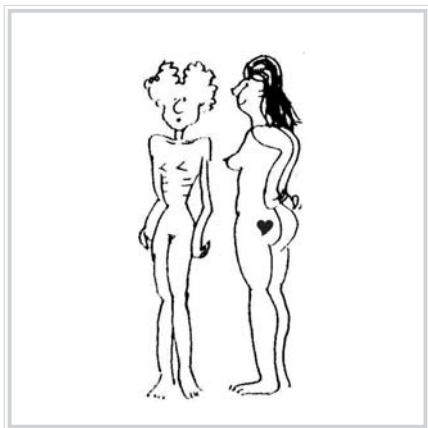
A mí nadie me contrató, yo me contraté solo. Trabajo para una línea de micros, aunque no subo a ninguno de ellos. No chameo en las oficinas de sus paraderos y es más, ni siquiera sé dónde están. Aunque mi trabajo me obliga a estar de pie buena parte del día, mi verdadera herramienta es mi voz, esta voz algo gruesa y desafinada. No soy cantante, pero la gente al oírme corre presurosa a mi lado.

Otra parte de mi labor es empujar a la gente. Pero no crean que soy irrespetuoso. Les pido permiso, les digo que avancen y luego empujo, misma procesión, no me puedo detener.

Una de las curiosidades de mi chamba es el horario. Trabajo cuando puedo y quiero, es decir, a cualquier hora. En ocasiones empiezo a trabajar a las 5 de la mañana y termino a las 10. Otros días sólo trabajo 2 o 3 horas. Todo depende del público. Si hay concurrencia, hay trabajo. Si éste escasea, mejor me quedo en mi casa.

Debo aclarar que cuando dije que laboro para una línea de micros, me quedé corto. Yo trabajo para muchas líneas de microbuses. Mi ocupación depende de mi memoria, en la cual debo guardar el plano de Lima con todas sus calles y nombres, además de saber cuál fue el último micro que pasó por mi zona. Ello también marca la diferencia, ya que al saber más, gano más.

BAJO TU PIEL



No soy peletero pero me dedico a las pieles. Tampoco médico, pero a veces hago algo de cirugía estética. Trabajo con agujas pero no hago acupuntura. Lo mío es más parecido al bordado, aunque tampoco uso hilos ni telas.

Aprendí mi oficio mirando. Observando mujeres hermosas, cuadros religiosos y leyendo mucho. Aunque me relacionan con la pintura, nunca he cogido un pincel. El lienzo sobre el cual trabajo se mueve, transpira y en ocasiones, se queja, y cuando empiezo mi labor a muchos curiosos se les pone la piel de gallina.

Mis clientes habituales no son, como cree mucha gente, delincuentes o gente de mal vivir. La mayor parte son marineros, soldados, estibadores y algunas personas que quieren disimular cicatrices o marcas, poniéndoles encima algún dibujo o línea.

Hubo un tiempo en que el principal motivo que pedían era el corazón con una flecha y el nombre de un ser amado. Otros preferían un animal feroz: un tigre, un dragón o un halcón. Actualmente lo que más piden es la imagen de Sarita Colonia. La devoción por ella se ha extendido mucho y la gente ya no se conforma con estampitas o detentes, quiere algo más permanente. Los soldados piden el nombre de su batallón o su especialidad.

Lo mío es un oficio sencillo que requiere, sobre todo, un pulso firme y habilidad para el dibujo. Se usan agujas muy finas y tinta china. He visto que en otros países existen aparatos especiales, como taladros que pueden usar tintas de diferentes colores. Yo trabajo con una plantilla y sobre ella hago los diseños. Todo se limpia y esteriliza con alcohol, para evitar que la piel se infecte, sobre todo ahora que hay bastante miedo por el Sida.

Los precios son variables: por una imagen de regular tamaño, digamos un corazón de Jesús o el rostro de Sarita Colonia, cobro de 10 a 15 soles (*). Para borrar una cicatriz, igual. Pueden buscarme aquí en mi puesto de la cuadra 15 de la Av. Aviación. Hago tatuajes en cualquier parte del cuerpo. Pero ojo: esta profesión es muy especial; aquí no hay borrón y cuenta nueva, este sí es un arte que se lleva en la piel.

Noviembre de 1992

* Equivalente a US\$9.3 al cambio de la fecha.

ARTE
EMBOTELLADO



Mi obra favorita es “Los hombres y las botellas” de Ribeyro. Quizás de allí venga la afición por mi arte. Algo extraño, me gustan las botellas, pero no el trago.

No sólo me encantan los envases traslúcidos de vidrio, sino también los barcos, especialmente navíos antiguos y buques de guerra. Como Luis Banchero o Aristóteles Onassis, yo también soy armador de barcos, fabrico carabelas, fragatas, transatlánticos.

Pero mis barcos jamás salen de puerto. A lo mucho, los flamantes dueños los dejan en la sala o pegados en la pared, sin tocar el agua. Pero son iguales a los otros, hasta en los más mínimos detalles.

Como vivimos en la época de la tecnología podría definir mi oficio como “arte embotellado”. Esto lo aprendí un poco haciendo artesanías y otro estudiando diseño. Me apasionaban las naves marinas y decidir combinar uno y otro. Me dedicaba a otras cosas, pero por la crisis y la falta de chamba, aquí me tienes.

“Embotellar un barco” me toma de 3 a 4 días, dependiendo del modelo del buque y los detalles que tenga. Mientras más pequeño sea, más compli-

cada se hace su producción. En una semana me hago 3 o 4 barcos, y logro vender 1 o 2 semanalmente a 10 soles cada uno. Claro, regateando los dejo hasta en 8 soles. No se gana mucho, pero me recuseo haciendo otros adornos de artesanía o pintando.

Aunque hacer barcos dentro de botellas parece una tarea fácil, conozco mucha gente que tira la toalla a la primera dificultad. Como en los cuentos, mi genio está en una botella.

Diciembre de 1992.

*EL DIBUJO
ANIMADO*



Lo diré en pocas palabras: soy un superhéroe. Me transformé debido a la contaminación de la ciudad. Soy experto en artes marciales y mi maestro es una rata. No piensen que es malo, sino que es un roedor que ha adquirido facultades humanas. Vivo en Nueva York, dentro de sus cloacas, con mis hermanos. Soy famoso. Tengo 2 películas que rompieron la taquilla con más de 100 millones de dólares, una serie de dibujos animados y hasta un “rap”.

Ustedes me preguntarán: entonces... ¿qué haces ahí parado en la puerta del Parque de las Leyendas? Bueno, esa es mi otra personalidad. Es que, cuando cae la noche, igual que la Cenicienta, suena la campana, y de Nueva York termino en el pueblo joven Fundo Bocanegra.

Así es mi vida. En horas de matiné, feriados, sábados y domingos, espero la llegada de mis admiradores al Parque, feria o por algún lugar donde haya niños. Deambulo tranquilamente por ahí, junto con mi fotógrafo particular, y me tomo fotos con ellos. No cobro mucho, el que se la lleva es el fotógrafo, que cobra 3 soles por cada foto. Y a mí, la superestrella **Tortuga Ninja**, con las justas me toca 5 soles diarios. Claro que no trabajo todo el día, sólo de una a 8. Al mes saco en promedio S/. 150 (*).

Cuando cae la noche, cae el telón para mí. Entonces vuelvo a ser Ángel

Romero, cobrador de micro. Regreso a la casa de mi mamá y como menú. El héroe se queda en su bolsa de plástico.

Aunque parezca algo irreverente, los días que más trabajo he tenido este año, han sido durante la procesión de octubre. Todos los niños querían tomarse fotos conmigo.

Pero esta profesión de superhéroe es inestable y efímera; así hoy te quieren, mañana te olvidan o te cambian por un robot o una pelota. Pero estoy preparado para ello. En diciembre me convertí en Papá Noel y es probable que para enero sea un Rey Mago. El verano es horrible debajo de este disfraz de esponja y tela, pero los niños creen en todo y así me gano la vida: mi vida es un dibujo animado.

Enero de 1993

* Equivalente a US\$ 89 al cambio de la fecha.

SABER
ESCUCHAR



-¡Rrrring!!!!

-¡Aló!

-Sí, buenos días, le hablan de la revista **Cuánto...**

-¿En qué los puedo ayudar?

-Sabe, todos los meses publicamos una página dedicada a una profesión u oficio curioso o raro...

-¿Y...?

-Bueno, pensamos que usted...

-.....

-¿Aló?

-Está bien, aquí estoy de todos modos. Yo no creo que lo mío sea curioso, y menos raro. Estar pegada al teléfono durante todo el día no es algo tedioso, si se es consciente de lo importante de su labor. ¿Telefonista? Frío, frío. ¿Recepcionista de alguna compañía? Menos. Yo contesto llamadas de todo tipo, pero en mi caso, algunas sí son de vida o muerte.

Me inicié en esto sin proponérmelo. Uno no tiene idea de la cantidad de gente que necesita alguien que la escuche, que la comprenda, que la ayude a entender la vida. Es difícil saber qué decirle a una joven drogadicta o con TBC cuando pregunta por qué debería creer en Dios. O paciencia, cuando llaman para tomarte el pelo.

Así de difícil es mi trabajo. Es como los concursos de radio, si pierdo, puede que alguna persona tome una decisión trágica. Si puedo, quizás mis palabras den un poco de aliento y esperanza. Si me llaman de un teléfono particular, quizás pueda alargar la conversación y ayudar más. Si llaman de un teléfono público, ruego para que no se acabe el RIN. Quizás sean los tres minutos más valiosos de una persona.

No estoy sola en esto. Profesionales anónimos, como psicólogos, sociólogos u otros especialistas me acompañan, en turnos, durante 24 horas. Pueden llamarnos en cualquier instante, cuando más nos necesiten. No pedimos nombres, ni datos, ni pedimos explicaciones o criticamos. Simplemente escuchamos a la gente. Cosa que, si lo piensan bien, es algo bien difícil en nuestro país.

¿Cuánto gano? Bueno, algunas personas trabajan ad-honorem y otras reciben en promedio 300 soles mensuales (*).

Creo que otras personas deberían hacer lo mismo que nosotros: escuchar y ayudar a los demás.

Bueno, ya te ayudé, mejor cortamos, quizá alguien con verdaderos problemas esté llamando y requiera la línea, aunque ahora fue al revés, pues yo hablé y tú me escuchaste. No te olvides de recordar a tus lectores que si tienen algún problema me llamen al 431-1212, a su **Voz Amiga**.

Febrero de 1993.

* Equivalente a US\$ 170 al cambio de la fecha.

*SHHH... NO
MOLESTAR*



No trabajo en un edificio o conjunto habitacional. A mis inquilinos ni siquiera los conozco de cara. Sólo de nombre. Mi trabajo consiste en mantener limpias sus jardineras y evitar que se las roben. Son 324 vecinos que nunca salen de sus casas, no conversan con nadie y a los que nadie visita pasadas las 6 de la tarde.

Tengo 25 años en esto. Antes, cuando trabajaba al frente de donde estoy ahora, era otra cosa. Uniforme, sombrero, buenas propinas. Tenía también menos inquilinos, pero todos eran de familias honorables. Los visitaban potentados, ministros, presidentes. A la larga esta es la casa de todos, porque todos se quedan. Niños, solteros, parejas y hasta familias completas.

Y por esto no se ha peleado ni enemistado ninguno. Todos están aquí juntitos, como buenos vecinos, y para siempre.

Yo soy trabajador estatal de la Beneficencia Pública de Lima. Cuando me retiré, vine a trabajar aquí como guardián nocturno. Luego inauguraron un “conjunto habitacional” nuevo y me quedé de conserje. Al principio sólo había tres o cuatro personas, pero rápidamente se fue llenando. Con bastante frecuencia venían los parientes de los residentes para visitarlos, primero a la semana, después al mes, al año, otros después de años y luego no volvían.

Al principio me perdía entre tantos edificios y pabellones. Daba vueltas y vueltas y nadie me daba la razón de nada. Allí ya me mudaba de “edificio”, porque los que me pagan son los parientes y no los inquilinos. Así he estado en 4 o 5 sitios, poniendo flores, limpiando fachadas o buscando escaleras para los vecinos de los pisos altos.

Antes, cuando cuidaba de noche, tenía un poco de miedo porque los vecinos conversaban entre ellos o alguno se la daba de “vivo” y parecía ponerse a pasear por los jardines. Pero uno se acostumbra a todo, un poco a la fuerza, y también por necesidad.

Para cobrar, tengo una libreta con los nombres de todos los vecinos. Generalmente por servicio cobro 5 soles mensuales a cada uno. Así y todo, algunos no pagan y yo me las tengo que aguantar porque no hay modo de cobrarles. Permanecen sordos y mudos ante cualquier reclamo.

Actualmente, somos pocos los viejos que trabajamos en esto. Hay muchos chiquillos que se cachuelean en este negocio. Con sus escobillas, escaleras y baldes de agua paran de aquí para allá.

Me conozco todos los recovecos y nombres del lugar. No hay pierde. Todos son nombres de santos y santas. Y los “chalets” tienen el nombre de la familia en la fachada. No hay como perderse.

¿Recomendar este trabajo? ¿Por qué no?

Es sencillo, fácil. Ser guardián de cementerio puede parecer algo aburrido a veces, o tenebroso, mas no es nada **del otro mundo**.

Marzo de 1993

LOS MODELOS



Como muchos otros amantes del arte, me dedico a la escultura y a su pareja, la pintura. No me gustan las naturalezas muertas, sino todo lo vivo, lo exótico, se puede decir: hasta lo salvaje.

Lo que más me gusta son mis modelos. Muestran su desnudez y sexo sin ninguna vergüenza ni pudor. A veces cubiertos sólo con sus propias pieles o con vistosas plumas. Y aunque no hablamos el mismo idioma, nos entendemos perfectamente. Y la forma de pago no podría ser mejor: a veces un buen trozo de carne cruda, a veces un poco de maíz o grano. Entre nosotros, el arte no tiene barreras, salvo los barrotes o las mallas metálicas que tienen sus “casitas”. Nos complementamos totalmente.

Aunque quisiera visitarlos todos los días para mis trabajos, sólo puedo hacerlo los días lunes, sus días de descanso. El resto de la semana, como los artistas de la TV, reciben cientos de personas, sobre todo niños que quieren verlos y tocarlos.

Pero mis modelos no se dejan tocar por cualquiera. Algún atrevido o irresponsable podría quedarse sin mano, pues ellos, cuando se les irrita, pueden clavar sus dientes, y entonces, sí, convertirse en animales salvajes.

Desde hace 18 años, junto a mi esposa, me dedico a esculpir y a pintar animales. ¿Y dónde mejor que en el Parque de las Leyendas? (Nunca tienen permiso para ir a mi casa-taller.)

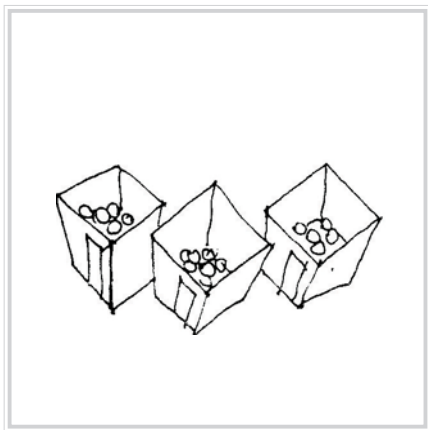
Así, juntos, hemos desarrollado una bonita relación con los animales -perdón, modelos- al punto que ellos hasta posan cuando se les indica, para desarrollar mejor mi trabajo. Nuestras obras están en casa para quienes deseen verlas. A la par con esta “chamba”, también transmitimos nuestras experiencias hacia los más jóvenes mediante clases de pintura de bajo costo y gran imaginación.

Mientras más conozco a los hombres, más quiero a mi perro, reflexionaba Diógenes hace ya bastante tiempo. Con no menos sagacidad, Mafalda al leer estos pensamientos en un diario se decía: ¿qué clase de periodismo es éste? ¡falta la opinión del perro!

Igual que Diógenes y Mafalda, así también pienso yo sobre los animales.

Mayo de 1993

EL SOCIO



Soy un promotor, jugador y especialista en juegos de azar. Todavía no tengo mi casino en Miraflores o mi bingo en San Isidro pero... poco a poco. Este trabajo es para mí nada más que un cachuelo de fines de semana, ya que el resto del tiempo lo paso con mi triciclo como verdulero, donde se gana más o menos, aunque lo otro me apasiona más.

En las verduras trabajo con mi señora, cada uno con su triciclo. Yo cargo todos los bultos, y ella lleva las cuentas y la plata. Me tiene siempre “bien chequeado” para que no me escape con mis amigos o me porte mal.

En mi otra ocupación también trabajo en sociedad. Aquí, el socio capitalista soy yo y, también, el que tiene que hacer todo. Mi socio se la pasa echado o comiendo. Pero sin él, no existiría el negocio. Todos lo miran, le guñan el ojo, las mujeres lo enamoran, lo llaman. A mí ni me toman en cuenta. Y eso que grito y trato de llamar toda la atención posible.

También se gana regular en este negocio. Calculas gastar, digamos 50 soles. Compras cosas atractivas o útiles que no cuesten individualmente más de 10 o 15 soles. Pones 4 o 5 de estos objetos “valiosos” y el resto (25 suertes) lo rellenas con cosas simples. Así, en cada ronda puedes ganar el doble de lo que invertiste en lo caro, es decir 30 a 40 soles y si sale lo barato ganas más.

Les sigo contando de mi socio. Recién tiene 6 meses y ya es padre de 5 hijos. Todos viven en mi casa, sin pagarme nada. Claro que tampoco me piden nada. Ellos son vegetarianos. Les doy un poco de alfalfa, pancas de choclo y ellos felices.

Empezamos el viernes o el sábado bien temprano. Consigo 30 cajas pequeñas, hago un pequeño círculo y coloco encima de cada una un número y su premio. Empiezo a llamar a la gente con música o con chistes. Mientras mi socio duerme, metido en una caja en medio del círculo.

Cuando vendo todos los números (3 por un sol) ahí entra en acción mi socio. Unos cuantos golpes en la caja que lo tapa y él ya sabe lo que tiene que hacer. Pero como la gente es hartito desconfiada, tengo que “chocolatearlo”. Le doy cuatro o cinco vueltas a la caja y ya cuando está medio mareadito, levanto la tapa.

Entonces viene lo bueno. Aturdido y todo, mi socio recibe el aliento del público que le grita, llora, lo llama, mismo candidato político. El, imperturbable, mira a todos lados, escoge una caja y se mete ahí. 29 personas quedan tristes y una feliz.

Reviso los números jugados (por si acaso no me den gato por liebre) y entrego el premio al poseedor del número. Empiezo a las 12 y hasta las 3 hay público. Reinicio a las 4 y termino a las 6. En ese lapso se pueden hacer 3 o 4 juegos, en un buen día se puede sacar 40 o 50 soles (*). De este monto hay que darles a los municipales o a la policía para que me dejen trabajar.

Mi socio está creciendo y cada vez está más apetitoso. El día menos pensado lo reemplazaré por un socio más joven, y él se convertirá de cuy de tómbola en un exquisito picante de cuy. En esta rifa todos ganamos. Menos el cuy.

Junio de 1993

* Equivalente a US\$ 25 al cambio de la fecha.

*LA JOROBA
DE LA SUERTE*



La gente cree en mí. En estos tiempos en que las instituciones financieras fallan y donde se duda si saldrá el sol mañana, la gente me tiene fe. Creen que puedo atraer sobre ellos la “buena” suerte. Como si lo mío fuera de suerte.

Soy pobre desde que me acuerdo. También soy bajo de estatura. Hago de todo para sobrevivir: limpio autos, reparto volantes de publicidad, vendo caramelos y en fin, todo lo que hacen los pobres de Lima para subsistir.

Pero lo que me diferencia es la venta de loterías. La de la capital o las provincianas, la de concursos de televisión o de periódicos, de lo que caiga.

La gente me mira como extraterrestre cuando no me conocen. Otros, en cambio, me buscan en medio de la multitud de ambulantes para comprarme a mí. Por cábala, por lástima, quién sabe por qué.

Pero casi todos piden lo mismo: una vez vendido el posible boleto premiado, lo pasan por mi espalda. ¿Por qué?. Dicen que eso puede atraer la suerte y que, por tanto, hay que hacerlo “por si acaso”. Todos prometen darme algoito si la fortuna les sonrío.

Hasta ahora sólo ha venido una señora que me dio un sencillo por un pequeño premio. El resto, o no han ganado o, simplemente, no dicen nada.

Pese a ello, vienen una y otra vez para comprarme “huachos”. Y siempre lo mismo, pasarlo por mi espalda. “Trae suerte”, me dicen. Lo malo es que a mí no me ha traído nada mas que problemas. Aunque exagero, ya que saco algo de esto. En promedio, las loterías cuestan de 3 a 5 soles. De ahí uno gana 0.50 céntimos por cada fracción o el porcentaje que se haya fijado. Saco al mes algo de 80 soles (*). (Gran suerte que tengo ¿no?)

Todavía no me he casado, mas no pierdo las esperanzas. No me faltan “novias” pero todavía nada en serio. Todas me dicen que será cuando me saque la lotería. Ver para creer.

Si alguno de ustedes cree que mi espalda trae suerte, debe ser porque no tiene que cargar con ella. Como en ese dicho: “Ya quisiera verte en los zapatos de fulano de tal”, así yo les diría que cargaran con esta “mochila” que me dio la naturaleza. Mi joroba, dicen, atrae la suerte. Espero que algún día me la dé a mí.

Julio de 1993

* Equivalente a US\$ 39 al cambio de la fecha.

*CHOROS A
LA CHALACA*



Don Manuel Chamorro vive del mar, pero no es pescador. Tampoco es policía, pero se pasa el día atrapando “choros”. A veces trabaja con una rastrillo y no es agricultor. Usa pesas y, sin embargo, no se dedica al fisicoculturismo.

Generalmente empieza a laborar a partir de las 6 de la mañana, salvo los últimos meses que por la marejada sólo trabaja al mediodía o cuando está tranquilo. Entonces toma su rastrillo, desciende 10 o 15 metros y llena su bolsa con sus frutos desenterrados. En su trabajo no puede conversar con nadie, todo es tranquilo y oscuro.

“Yo empecé a los 19 años, primero como marisquero. Buscaba debajo de las peñas y salientes y con un cuchillo sacaba, chanques, caracoles, a veces pejesapos. Pero un día me herí con un caracol, me dio una intoxicación y casi me muero. Me volví alérgico a los caracoles y me ofrecieron este trabajo, el de atrapar choros. “¿Tienes buenos pulmones?” me preguntaron. Les dije que sí, pero que no sabía cantar. “No importa, abajo nadie te escucha”.

Don Manuel tiene 60 años, de los cuales 40 los ha pasado en su oficio, producto del cual ha quedado un poco sordo, pese a que en su trabajo no hay ruido.

“Cuando empecé en los 40, los equipos eran de lo más rudimentarios. Una máscara de hierro (escafandra), zapatos de plomo, traje de cuero enlonado y manguera para recibir aire”.

En sus inicios Don Manuel trabajaba en el pequeño puerto de Pucusana, desde el mediodía hasta las 4 de la tarde. Recibía en ese entonces, 2 soles (de los de antes) por manajo (8 docenas) de choros. Hoy gana un promedio de 40 nuevos soles diarios (*). Pero esto es un decir.

“Sacar choros o mariscos no es tan fácil como pescar o arponear peces. Tienes que fondearte 5, 10 o 20 metros y arrancar choros los de las peñas, el único lugar donde puedes hallarlos”.

Trabajar bajo el agua le ha ocasionado también un problema: está un poco sordo. “El doctor me ha dicho que esto es debido a la presión del aire. Una vez bajé más de la cuenta, sentí un zumbido y me empezaron a sangrar los oídos. Se me habían reventado los tímpanos”.

Aun así se considera afortunado, ya que otros colegas suyos han terminado con fuertes dolores a los huesos y otros murieron en penosos accidentes.

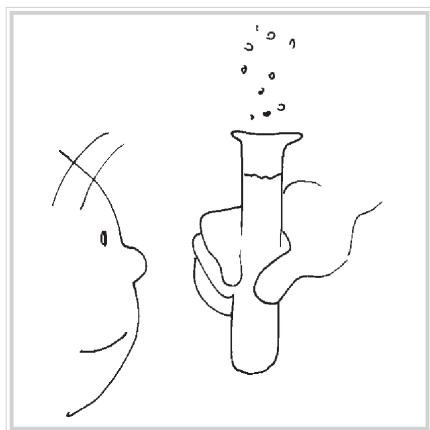
“A veces fallan las mangueras y si no subes rápido te asfixias. Otras veces no calculas bien el tiempo y te empieza a doler la cabeza porque la sangre no se está oxigenando bien. Se forman coágulos y ahí te puedes morir. A veces algunos pescadores “bomberos” (que usan explosivos en vez de redes o cordel) tiran dinamita sin darse cuenta si hay alguien cerca. Te revientan”.

Chamorro sabe que este es un oficio difícil, poco remunerado y que a la larga trae problemas de salud. “He sido buzo casi toda mi vida, me ha ido bien y a las finales no me voy a ahogar en un vaso de agua”.

Agosto de 1993

* Equivalente a US\$ 19 al cambio de la fecha.

MUCHO GUSTO



Somos lo que comemos. Quizás habría que agregar también lo que bebemos. Al menos, ese es mi caso. No piensen que soy un alcohólico arrepentido o algo parecido. Soy ingeniero químico de una prestigiosa empresa y mi trabajo es así.

La mayor parte de la gente paga por beber. En mi caso me pagan por hacerlo. Y más que beber, probar. De mi buen paladar depende la alegría o insatisfacción de muchas personas. Sin conocerme, me pueden alabar o criticar.

Haciendo un poco de historia, creo que mi especialidad se inició en la Edad Media, un oficio como el mío era importante y muy efímero. La mayoría de mis colegas feudales fallecían... envenenados, probando lo que iba destinado tal vez a algún odiado personaje, o eran azotados cuando se equivocaban.

Ahora toda una jornada de duro trabajo realizado por mucha gente, -quizá días, quizá semanas- pasa por mis manos, perdón por mi paladar. Llegar el momento de darles el visto bueno o empezar todo de nuevo. Probar una muestra no hace daño, 2 o 3 tampoco, a partir de la docena ya hay que parar la mano.

Cuando ingreso a mi centro de trabajo, lo primero que olfateo es el dulce aroma de la bebida. Tiene vida. Ya instalado me traen las primeras botellas -perdón muestras- y empiezo. Distingo la variedad de sabores conocidos y hasta la textura del líquido. Todo debe ser perfecto. Unas galletas (otros, dicen prefieren manzanas) entre trago y trago y emito mi veredicto. De ello depende el éxito o el fracaso de toda una producción y la alegría o tristeza de la gente.

Creo que ya descubrieron mi secreto. Sí; soy maestro catador cervecero. Pruebo la producción de la rubia bebida que ustedes después disfrutarán. Gano lo que puede ganar un buen profesional dedicado a estos menesteres.

¿Errores? Muchos factores contribuyen para que la cerveza esté “perfecta” o sea “pura agua” como dice la propaganda. Un exceso de cocción de la cebada, poco tiempo de maduración, o que los expendedores –pecado capital– pongan las botellas en sitios calientes. Al final, tal vez me echen la culpa a mí. Pero como dice el poema: “de ese trago amargo, no bebe mi corazón”.

Setiembre de 1993

VIDA SILVESTRE



Generalmente la gente les tiene terror y trata de eliminarlos de cualquier manera: veneno, escobazos, pisotones y golpes. Se esconden en los rincones de la casa o se comen las plantas o pasean por la cocina y los techos: nadie los quiere.

En cambio yo sí; no es que sea un antisocial o un rebelde sin causa. Yo vivo gracias a ellos. Mientras que a sus “hermanos urbanos” los matan, ellos ocupan lugares preferenciales de la casa: la sala, el cuarto de estar y sobre todo los muestran orgullosos a sus conocidos. Y pensar que en la selva son también adornos de las casas... sólo que ahí se mueven y se comen entre ellos.

Tan antiguos como el mundo, ya eran seres complejos y desarrollados cuando los humanos todavía se arrastraban en cuatro patas. Algunos dañinos y otros hasta mortales, siempre nos han asombrado por su capacidad de sobrevivir a todo. Y dicen que llegado el momento, igualmente sobrevivirán al hombre.

Yo me ganaba la vida vendiendo libros y mapas para turistas, pero un día llegó un primo de Pucallpa y me sugirió el negocio, me pareció un poco loco: yo también soy de la selva y ahí, bueno, se pasean por la casa, son mascotas y hasta se comen; pero aquí, en Lima, la gente es distinta.

Pero como probando nada se pierde, empezamos con dos o tres cuadritos. En un par de días los vendí y me di cuenta que podía ser. Iba a Pucallpa y traía **papazos, urguinces, chicharras, viudas, machacas y chinchilejos**. Les echaba un poco de formol y laca, los ponía en cuadritos y ya. Podía vender cada cuadro a 30 o 40 soles, y los turistas los compraban “al toque”.

Vender insectos silvestres era rentable. Ahora ya no tanto y se venden poco. Un cuadro con 2 o 3 mariposas vistosas podía costar 15 soles y venderse a 30 soles. Los papazos son unos escarabajos muy hermosos, los cuales tienen unos cuernitos. En la selva se pasean por las casas normalmente y los ejemplares de buen tamaño –digamos 20 centímetros– los cazan para las joyerías de la zona, donde sus cuernos son bañados en oro y vendidos como collares.

Se cazan con redes o caen conjuntamente cuando se atrapan otros animales. Una vez inmovilizados se les introduce en un frasco con un pedazo de algodón empapado en formol. Así se conservan bien y no se pudren.

Acá en Lima, los que generalmente compran son turistas. Ellos se llevan las machacas y las viudas, que son tarántulas peludas del tamaño de una botella de cerveza. Las mariposas y chinchilejos (libélulas) también los compran los limeños para adornar sus casas.

Ahora mis principales clientes no son los turistas o los que pasean por mi puesto de La Colmena, sino tiendas de artesanía de Miraflores o la Av. La Marina.

Quizá a los limeños les parecerá raro o feo tener insectos como adornos, pero ante la belleza de una mariposa o el brillo de un escarabajo, muchos cambian de opinión. Eso sí, a los que hay en casa, fumíguenlos.

Octubre de 1993

*FARAÓN
CASERO*



Soy un constructor que no trabaja con cemento, ni barro ni yeso, ni nada que se use en las casas tradicionales. Las viviendas que hago tienen dueño, pero no inquilinos. Creo que el mío debe ser el trabajo más antiguo del mundo.

Mis antepasados colegas tenían a su mando miles de hombres que trabajaban bajo la “sugerencia” de un látigo. Casas que albergaban una sola persona y que cubrían kilométricas extensiones de terreno. Sin ventanas ni patios. Las obras demoraban meses y hasta años. Sin embargo son las únicas conservadas hasta ahora. En cambio, yo trabajo solo y es difícil que consiga ayudantes. Mis actuales trabajos caben fácilmente en una mesa.

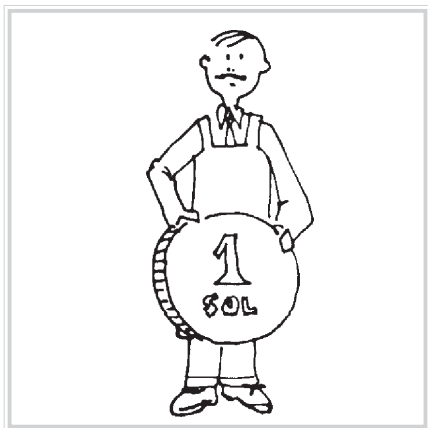
Antes mis obras sólo estaban al alcance de reyes o príncipes. Hoy, cualquier persona puede poseerlas. Únicamente es cuestión de desearlas. Y lo que anteriormente eran simples monumentos, son ahora atractivos talismanes que poseen dones poderosos.

Y es que la construcción de pirámides no ha pasado de moda. Su misterio y la magia que siempre han irradiado se mantienen inalterables. Las pirámides poseen valores y poderes que pueden ayudar a las personas. Colocando objetos debajo de ellas se cargan de energía positiva.

Yo fabrico pirámides de diversos tamaños y colores para la curación de problemas físicos o mentales. Su costo promedio varía entre 20 y 30 soles, dependiendo del material y tamaño. Las construyo, generalmente, de una combinación de metales preciosos como oro, plata y otras aleaciones, y vendo 3 o 4 al día, en mi casa-estudio. Por siaca doy factura o boleta, según el caso. Y aunque dicen que las pirámides guardan el enigma del futuro del mundo, lo cierto es que a mí (de continuar la demanda) lo que me deparan es un buen futuro.

Noviembre de 1993

NO ES SENCILLO...



Soy un artista. Mis obras de arte van de mano en mano por todos lados y con todo tipo de gente. Ricos, pobres, intelectuales y agricultores. Todos necesitan –aunque no las admiren– mis creaciones. Curiosamente, a veces me pagan con mis propias obras.

A diferencia de los cuadros de los famosos, mi trabajo se devalúa con el paso del tiempo, dejando a veces de aparecer. Pero si una obra se extingue, otra ocupa su lugar, ya que sino existieran habría un caos, semejante tal vez al fin del mundo.

Hago trabajos únicos y otros que se copian por miles o millones. Cuando me preguntan por mi ocupación les digo: “hago dinero” y más de uno me mira receloso, preguntándose si estarán frente a algún falsificador o traficante. Nada de eso, yo hago dinero y del bueno, (mejor digamos del legal y verdadero) y lo hago con mis propios manos.

Para ser diseñador o medallero, (como también llaman a esta profesión) se requiere buen gusto, pulso milimétrico y un exacto sentido de las proporciones. Mis colegas de hace muchos años atrás trabajaban a pulso, con cincel y martillo diseñaban modelos bellos y artísticos. Si fallaban o la obra no era del gusto del Rey o soberano de turno, entonces rodaba la cabeza del artesano. Ahora es distinto. A lo mucho tienes que hacer nuevos diseños. Y

el sueldo que recibo en la Casa de La Moneda llega aproximadamente a 500 soles (*).

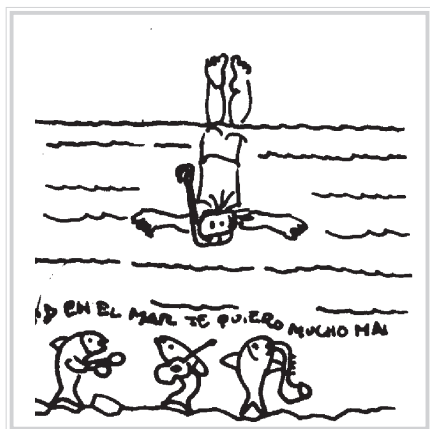
La crisis ha sido un factor perjudicial para mis obras. Hechas en un momento, eran esperadas y codiciadas por la gente. La hiperinflación permitía que mis invaluables producciones terminaran vendiéndose por kilos en alguna fundición, o usados como arandelas (“huachas”) para colocar un tornillo.

“Crear” las monedas que usted, estimado lector, carga cotidianamente (y a las que seguro usted culpa de los huecos de su bolsillo) es una tarea que necesita tiempo y dedicación. Ayer fueron los soles, luego los intis, hoy los nuevos soles y los céntimos, todos ellos llevan indelebles el trabajo de un artesano que, como yo, puso todo su arte en representar, de la mejor manera, la riqueza de nuestro país. No es sencillo hacer “el sencillo”.

Diciembre de 1993

* Equivalente a US\$ 231 al cambio de la fecha.

*INVESTIGANDO
EL LECHO*



Pedro Moisés Cuadros no sabía que su segundo nombre significaba “salvado de las aguas”, como el de su bíblico tocayo. Y tampoco que muchas de sus actividades coincidieran con fragmentos de las Sagradas Escrituras: camina por las aguas, es “pescador” en un lugar donde no hay peces, multiplica los panes y peces para su familia y, además, se llama Moisés.

“En verano no tengo mucha chamba. Es peligroso. Y no es que no me guste trabajar, sino que el río se pone bravo y se hace difícil “pescar” algo. Algunos compañeros que “eran” valientes se mandaban nomás, pese a que la corriente parecía un tren embistiendo. No los volvimos a ver.

Este trabajo es sencillo, sólo hay que tener paciencia y buen ojo. Así un buen día se puede hacer 10 o 20 soles, otras no sacas ni para el té. Pero de algo hay que vivir.

Nuestra clientela principal son los chatarreros y los “monederos” del centro de Lima. A los primeros le vendemos lo que es “pesca mayor”: tuberías, latas, carrocería de autos y, a veces, hasta un auto viejo o una bicicleta que vaya uno a saber desde donde habrán venido arrastrados por el río. Con eso sacamos para la comida.

A los “monederos” les vendemos “merca” más especializada. Yo ya conozco. El Rímac tiene una serie de tesoros increíbles, a veces te puedes encontrar monedas de oro y otras del tiempo de los españoles. ¡Firme! Te pueden pagar en dólares. Pero hay que buscar y buscar.

Cuando yo nací, mi familia ya vivía a orillas del “río hablador”. Por los 50 todavía se podía pescar camarones o bagres en las orillas, en ese entonces no había tanta basura. Después ella fue la dueña y señora de todo. Venía de todos lados. A veces parecía que había más basura que agua.

Ya por los 80 no había trabajo y me animé por esto. Éramos como 20. Ahora quedamos pocos. Prefieren hacer otras cosas. Al principio la tarea era fácil. Con una lampa y una coladera de metal, caminabas de un lado a otro y rastreabas.

Como en las películas donde buscan oro en los ríos. Pero qué va a salir oro de aquí. A veces ponemos redes de metal para agarrar cualquier bulto que pase a ver si es algo provechoso. Se empieza temprano y hasta el mediodía ya se ha sacado algo para almorzar.

Ahora, como me ves, estoy dedicado a ropavejero, cambiando botellas y fierros viejos. Aquí saco como 200 soles al mes (*), aparte de otras cosas. Pero el río es mi fuerte. Que se calmen las aguas para empezar a trabajar. A ver si saco doblones, pesos, o lo que caiga. Verdaderamente, a mí las aguas me han salvado, pero de morir de hambre”.

Enero de 1994

* Equivalente a US\$ 92 al cambio de la fecha. En el río Rímac se han encontrado desde bicicletas hasta carrocerías de omnibus.

PUBLICHICHA



Me dedico al arte de las multitudes. Hoy, un aviso para una pollada; mañana, un cartel para una AFP. No soy médico pero mi trabajo depende de las radiografías. Con mi aliento doy vida a mis obras. Lo único que me “mata” es mi mala ortografía.

Como muchos, aprendí mi oficio en la universidad de la calle. No necesité ir a ningún instituto o aprender a manejar computadoras. Soy una pieza más del interesante mundo de la publicidad.

Mis instrumentos de trabajo son frascos de mostaza y placas radiográficas usadas. Con ellos, pintura, thinner y un poco de arte, me gano la vida. Mi estudio está en el jirón Lampa, más exactamente en la vereda en el cruce con Emancipación.

Cuando terminé la secundaria y era bueno para los dibujos, pensé dedicarme al diseño gráfico. Mas los cursos eran caros y los materiales más caros aún: un buen aerógrafo (especie de pistola de pintar pero más pequeña) costaba 100 dólares, sin contar la compresora de aire que requería para funcionar. Entonces opté por lo más sencillo: practicar en una oficina de publicidad. Aunque ganaba muy poco, aprendí bastante como para después independizarme. Pero igual, las herramientas eran caras y como no tenía plata, puse mi ingenio.

Había mucha competencia, pero el principal defecto de mis competidores era que todo lo hacían a pulso, es decir con pinceles y lápiz, y eso demoraba. La gente quería calidad y rapidez.

Conseguí frascos de todo tamaño. Luego los uní con unos tubos y un poco de soldadura. En lugar de utilizar una compresora, le adapté una boquilla para soplar con la boca o sino una cámara de llanta usada. Así nacieron los aerógrafos “chicha”.

Después recordé mis clases de formación laboral, cuando hacía plantillas con viejas placas de rayos X. Se remojan en lejía hasta blanquearse. Cuando se ponen como papel, ya puedes copiar las letras y hacer los moldes. Lo dejas secar y se pone como una regla. A continuación conseguí diseños de letras y las calqué a las plantillas.

Ahora puedo hacer plantillas hasta de fotos y afiches. Primero hago el diseño en papel, luego lo calco sobre la base de madera o el plástico, pongo las plantillas, mezclo los colores y a soplar...

Por cada aviso o afiche cobro en promedio 30 soles, dependiendo de los colores y el tamaño. Las plantillas de letras varían de 5 a 10 soles. Al mes puedo sacar un promedio de 500 soles.

No se puede negar que yo sí me gano la vida “a pulmón”.

Febrero/marzo de 1994

* Equivalente a US\$ 229 al cambio de la fecha.

*LA BELLA
Y LA BESTIA*



No soy modelo, pero mi profesión depende de mi físico y mi peso. Hago dieta, aeróbicos, no me desvelo y cuando salgo al escenario nadie me mira. Decenas, a veces cientos de miradas están pendientes de mi trabajo. Hombres sobre todo. Tensos, nerviosos, gritan de emoción si gano o “montan” también en terrible cólera. En mi profesión, un beso puede ser algo peligroso. Y no es que sea cucufata o algo por el estilo, sino que puedo ganarme una caída desde dos metros o mínimo una fractura. Y eso es lo más suave. Cuando niña me contaron sobre los centauros, unos seres mitad caballo, mitad hombre, también sobre una tal Lady Godiva que le gustaba pasear a caballo (como a mí), sólo que a ella le gustaba hacerlo sin ropa, lo que causó escándalo en su época.

Esta es básicamente una profesión de hombres, es decir de centauros. Aquí sólo somos tres en todo el trabajo. Y es muy competitivo. Una caída y al hospital. Mis preferencias por el oficio nacieron desde muy pequeña, cuando me fascinaban los animales, sobre todo los equinos. Ansiaba montarlos pero sólo como diversión.

Hasta que se presentó la oportunidad: en la escuela de preparación. Me recibieron entre gestos de burla y risa y hasta de conmisericordia, “no vas a durar, esto es difícil aun para los hombres”, me decían. A pesar de todo sigo aquí.

La primera vez, eran 10 hombres contra mí sola. Quedé en el octavo lugar. Los demás se reían y otros me palmeaban la espalda deseándome suerte. La siguiente vez quedé cuarta. A la tercera fue la vencida, gané mi primera carrera y recibí un premio de 150 soles (*). No es mucho, pero fue importante por ser la primera.

Cada carrera es un mundo aparte. Sea en césped o sobre tierra, uno debe tener toda la concentración del mundo y los nervios templados. Suena el pistoletazo y los caballos salen disparados hacia adelante. En la curva todos atropellan, dependiendo si vas a la cabeza o atrás. Puedes tener a 5 o 6 contrincantes, gritando y golpeando con sus látigos, pidiendo más velocidad. Si por algún motivo te desvías, puedes caer y quedar sólo frente a media docena de bestias apuradas.

Pero así es el mundo de la hípica. Los caballos y yeguas van y vienen juntos con sus jinetes. Hay muchos caballos y jockeys, pero amazonas como yo sólo tres. Como recién estamos empezando, ganamos un porcentaje de acuerdo al lugar que quedemos en una carrera. Si triunfamos, obtenemos unos 150 soles y así en orden decreciente. Ser jocketa es una profesión llena de emociones y besos. ¿Besos? Sí, pero no para nosotras sino para los caballos, ya que así les indican que deben correr a toda velocidad. Por eso está prohibido mandarnos besos volados. Podríamos terminar en el hospital.

Abril de 1994

* Equivalente a US\$ 120 al cambio de la fecha.

*DISPAROS
AL AIRE*



¡BUUUUUUUUUUUU! y se van. Pero sólo es un momento. Pasa otro rato y vuelven implacablemente. Y así durante todo el día, la semana, el mes, el año y siempre.

A los que iniciaron este trabajo no les pagaban. Ni siquiera los movían o alimentaban, y lo más probable es que a fin de año o en Halloween los quemaran. Éramos de paja y ropa vieja.

Mi ocupación consiste en asustar. Como Hitchcock, De Palma o cualquier director de thrillers. La diferencia es que ellos asustaban personas. En cambio, yo tengo que asustar palomas.

Todo empezó cuando me ofrecieron trabajo como vigilante en la molinera. Comencé cuidando las oficinas y las puertas de acceso. Pero un día me preguntaron si quería un ingreso extra y acepté. Me habían dicho que era una actividad un poco pesada y sobre todo aburrida. Cuando me dijeron que debía espantar palomitas me refí.

Trabajo regalado, pensé, un palo o una radio y asunto concluido. Eso pensé. Cuando supe que me darían una escopeta vi que la cosa era más seria. Para aliviarme, me dijeron que no tenía que dispararles al cuerpo, sino al aire para que se vayan.

Sé que muchos pensarán que debemos estar locos para este trabajo, ya que, salvo que uno sea estatua de parque, no tiene por qué botar a las aves, tan bien recibidas en algunas céntricas iglesias limeñas. Lamentablemente esta chamba tiene esa finalidad, la de espantar a las aves.

Como les contaba, trabajo en una molinera. Ahí los depósitos de granos y maíz están al aire libre. Y para alegría de los plumíferos, siempre están llenos. Entonces, en parejas, bandadas y nubes, bajan sobre los depósitos y desayunan, almuerzan y cenan. Todo junto.

Y entonces, hay que botarlas. Porque sino se comerían todo. Y esto no es exagerado. En la vecina Chile, han estimado que pierden cerca de 10 millones de dólares en los puertos, en grano devorado por los pájaros.

Y no es sólo por lo que se llevan, sino también por lo que “sueltan”, pequeños “recuerdos” que dejan el patio como isla guanera.

Como me dijeron, el trabajo es algo aburrido, debido a que las palomas, perdices, cuculíes y demás especímenes volantes, ya no nos tienen miedo. Y se te paran en la cabeza o te picotean los pies. Entonces, un disparo al aire y todo tranquilo. Pero de la paga no me puedo quejar, ya que con este extra puedo recibir cerca de 300 al mes (*).

Y aquí no vale eso de más vale pájaro en mano que ciento volando. Yo prefiero que sigan volando, pero lejos de mi cabeza.

Mayo de 1994

* Equivalente a US\$ 137 al cambio de la fecha.

PREGUNTAR
ES VIVIR



Mi vida es un signo de interrogación.

Mi trabajo es: a) bueno b) regular c) malo
 d) No sabe, no opina e) A mí que me importa.

Mezcla de misionera, visitador médico, exploradora y astronauta; combinación de periodista, espía y detective. Y todo a domicilio. Así es mi trabajo. Siempre está lleno de interrogantes. Y es que vivir de preguntar, aunque no lo crea, me da para vivir. ¿Qué opina?

Mi ocupación me permite contactar con todo el mundo, y no sólo en un sentido literal: he alternado con la gente más pobre y con la más pudiente; he conversado en lujosas casas y también en chozas de esteras. Mi explorador oficio me ha permitido conocer casi todo el Perú, muchas veces en situaciones poco agradables: terrorismo, violencia social, gente irritable, perros que te quieren morder, siempre que no me perdiera y encontrara la dirección de la casa. A veces hay suerte, en otras, un huaico, una mudanza intempestiva o una salida inesperada después de hacer un viaje de 12 horas puede convertirse en un fiasco frente a una puerta cerrada.

En mi centro de labores, varias personas que realizan este trabajo provienen de las ciencias sociales, aunque no faltan casos excepcionales: hay

economistas y hasta una ingeniera química. Y es que todos tenemos en común el bichito de la curiosidad y el de conseguir respuestas.

Siempre sonriente, casi siempre de buen humor, llena de toda la paciencia del mundo, viaje más que turista, camino más que un cartero, me preparo para tocar una puerta, encarar una persona y lanzar una pregunta.

La parte amarga de nuestra labor no es tanto los problemas comunes o la violencia; a veces preguntar puede lastimar sin querer; indagar cuánto gana una persona que no ha comido en dos días o saber quién es el jefe de familia en una pareja homosexual; preguntas que, a veces, no tienen una respuesta.

Sabemos que nuestro trabajo es difícil; sabemos que no siempre es bien remunerado -ganamos en promedio 300 soles al mes (*)-, sabemos que no siempre nos reciben bien (cosas del país), sabemos que a veces nos consideran la última rueda del coche; pero también sabemos (lo más importante) que la información que conseguimos puede brindar un poco más de bienestar a nuestros semejantes y mostrar la realidad peruana.

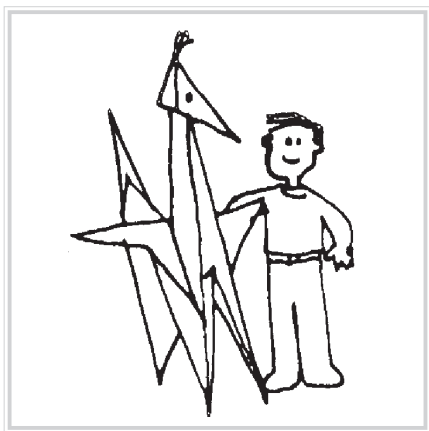
Y ello hace de las **encuestadoras**, parte vital de nuestro país.

¿Alguna otra pregunta?

Junio de 1994

* Equivalente a US\$ 182 al cambio de la fecha.

*TAN SÓLO
PAPELES*



Como todo el mundo, vivo del papel. Como los escritores o los periodistas, como los vendedores, ingenieros, maestros o los contadores, yo también uso el papel para ganarme la vida. Pero a diferencia de ellos, que escriben, envuelven o trazan planos, yo vivo de doblar papeles.

Esta afición la heredé de mi padre, quien también se dedicaba a ella, pero como hobby. Cuando empezaba a decidir qué estudiar, me inclinaba por la pintura o el dibujo. “Pintores hay, dibujantes también, pero en esto sólo estás tú” me dijeron, así que decidí dedicarme a perfeccionarme en este arte.

Primero creaba objetos domésticos: marcadores de libros, adornos y otros. Luego empecé a crear animales: zoológicos donde a los leones y jirafas sólo les faltaba caminar; luego reviví dinosaurios y otros animales fantásticos.

No pensaba en ganarme la vida así.

Pero otras personas lo consideran diferente. Vieron mis trabajos y empezaron a pedirme que hiciera tal o cual cosa. Ya me ganaba algo diseñando pero ya no en pequeña escala, sino que utilizaba gigantescos papeles que debía doblar con los pies, de tan grandes que eran. A veces me llaman de las compañías de publicidad para que les monte diseños especiales en papel,

nacimientos etc. Y por encargos así podía ganar unos 500 u 800 dólares por encargo.

Uno de los trabajos más bravos fue cuando un arquitecto me buscó por cielo y tierra para que lo ayudara en su tesis. La idea era sostener un ladrillo con un papel. Me demoré un poco pero lo logré. Luego me confesaron que los propios arquitectos no habían podido hacerlo.

Y es que el origami (arte japonés del papel doblado) o flexografía (como le llaman en otros países) es cada vez más practicado en el Perú, pero más como un pasatiempo de niños que como una actividad para ganarse el sustento. Lo que no saben es que este hobby cuenta con millones de seguidores en todo el mundo, muchos de ellos artistas consagrados. No solamente se trata de doblar o cortar un papel, sino de seguir reglas estéticas, artísticas y filosóficas en un proceso complejo, pero a la vez lleno de sencillez.

Ahora estoy elaborando una serie de “retratos” en origami de personajes de la política, que espero tengan éxito. Aunque todavía no tengo muy en claro el “papel” que va a representar el origami en mi vida.

Espero “doblarne”, económicamente hablando. Total, la gente se apasiona, vive y muere también por un billete de papel.

Agosto de 1994

*PARA
COMERTE
MEJOR*



“Había una vez, una niña muy buena a la que todos querían. Un día su mamá la envió con el almuerzo para su abuelita. Pero en el camino se encontró con el lobo y...”, Bueno ustedes ya saben la historia.

Me inicié en este oficio hace 12 años, cuando había cumplido los 20, por ese entonces no me fue muy duro adaptarme. Tenía cierta experiencia en ventas: había trabajado en un quiosco vendiendo alimentos, pero claro, ese era un lugar fijo.

Ahora uso un uniforme rojo y tengo que salir a vender sandwiches y menús a diferentes empresas. Aprendí rápido con la enseñanza de una compañera experimentada.

Desde entonces salgo a las 9 de la mañana y recorro “el bosque” entregando los almuerzos. En nuestra empresa somos como 60 y cada una tiene su “territorio” y lista de clientes.

Estamos hasta las 12.30 o 1 de la tarde, repartiendo los refrigerios de media mañana. Luego regresamos a nuestro local y hacemos el “llenado de parte”, es decir, anotamos todo lo que hemos vendido y luego nos retiramos.

En promedio trabajamos 4 horas. En la empresa hay dos turnos: mañana y tarde. Hay chicas que trabajan hasta la una de la tarde, otras empiezan desde las 3 hasta las 7 de la noche.

En este oficio existen jerarquías: hay aprendices, junior y senior, estas últimas son las que tienen más paga y años de trabajo, también hay supervisoras y los sueldos son variados.

Por ejemplo, una aprendiz es una chica que todavía va acompañada por una experimentada para aprender el método. Va soltándose poco a poco hasta perder el miedo. Si la chica es eficiente, puede pasar en un mes a ser junior y de acuerdo a la experiencia, que va adquiriendo, va ascendiendo. Eso depende de su entusiasmo y deseos de superación. Todo es cuestión de agarrar la onda de las ventas.

Nuestros clientes nos pueden pagar al contado o, si gustan, al crédito. En este caso anotamos en un cuaderno su consumo y al fin de mes les cobramos. Hay gente que desaparece con una deuda de 100 o de 200 soles. Ese dinero se da por perdido.

Tenemos un sueldo fijo, al inicio es la mitad del mínimo debido a que trabajamos cuatro horas. Nuestra ganancia está en las comisiones, es decir, por volumen de venta. Para eso tenemos una tabla. La más alta es de 500 a 600 soles al mes, aparte del sueldo.

En promedio, una aprendiz entra ganando 150 soles (*), una experimentada debe estar ganando sus 500 soles, mientras que una supervisora no baja de los 700 soles, pero trabajando 8 horas. Una jefa de supervisión debe de estar bordeando los 1,000 soles, ellas también tienen un sueldo básico y comisiones.

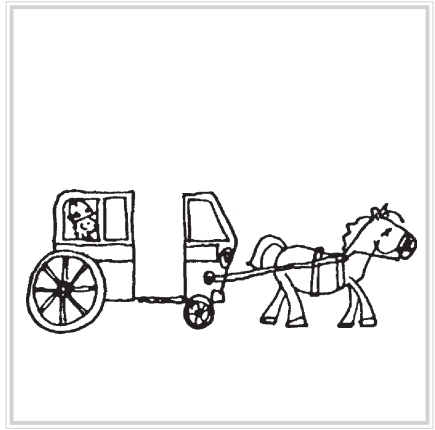
La empresa para la que laboramos nos brinda posibilidades de capacitarnos. Cuando la trabajadora es eficiente nos mandan a seguir estudios de mercadotecnia o supervisión, todo corre por cuenta de ellos, aunque en algunos casos el pago es a medias.

Soy una *caperuza* y, a diferencia de la del famoso cuento, no le llevó una cesta de comida a mi abuelita, sino a mis clientes. Y Ud., amigo “lobo” lector, ¿qué está haciendo?

Setiembre/octubre de 1994

* Equivalente a US\$ 70 al cambio del día.

*CUATRO PATAS
EN MIRAFLORES*



Soy chofer. Como cientos, quizá miles de limeños, me dedico al transporte público. Al contrario de otros, llevo generalmente sólo dos pasajeros y lo más lento posible. Y siempre doy vueltas por el mismo recorrido. Como otros miles de choferes, mi carro no tiene placa, no tengo breveté y casi nunca me para la policía. Y mi socio-ayudante es un animal.

¿Fresco? nada de eso, lo que pasa es que para mi oficio sólo requiero de un permiso especial y pagar mis impuestos.

Antes yo trabajaba en varias cosas, fui obrero, guachimán y ambulante. Ahora esto es más fijo y aunque me pagan un poco más del sueldo mínimo, me permite realizar otros trabajos, pues sólo realizo esta actividad en las noches.

Ya en mi pueblo me había desempeñado en funciones parecidas y siempre lo había hecho bien. Lo que nunca pude imaginar es que me iban a llamar a un distrito residencial de Lima, donde los choferes manejan carros blindados y coches de lujo, para manejar como en los tiempos de la colonia, o de la carreta.

Al principio era difícil, por el tráfico y la novedad nadie quería subir a mi transporte. Luego la gente, sobre todo la gente joven, subía a pasarse.

“Turismo de aventura” me decían de broma.

Ahora estoy copado. Viernes, sábados y domingos tengo pasajeros esperando para darse un paseíto. Les cobro 5 soles por vuelta. Lo bueno es que mi socio no se queja y, sobre todo, no pide más que su “gasolina ecológica”.

Vivir al igual que en los tiempos de la carreta, no es tan malo como se cree. Al menos en plena era cibernética, yo lo creo así. Y es que vivir al ritmo de las “combis” y pasos apurados solo crea malhumores y problemas de salud.

Por eso cuando pueda dése una vuelta por Miraflores, en el Parque Kennedy está mi “paradero”, y quizás nos encontremos. Le será fácil reconocerme. Mi socio va delante mío y tiene cuatro patas.

Yo voy detrás guiándolo y jalando una calesa colonial. ¡Arre caballito!

Noviembre de 1994



¡CARACOLES!

Soy un helicoculturista. ¡No!, no hago hélices ni pesas, por si acaso. Mi labor es de una naturaleza especial, lenta, lenta, muy lenta... Me dedico a criar alimentos que en el Perú (todavía) no son comestibles.

En Francia, no es nada raro dedicarse a mi oficio. En cambio, aquí creo que soy el único. Es como ser pastor de un rebaño muy especial. Son miles, pero ocupan poco espacio. Son muy glotonas, pero con un par de lechugas alcanza y sobra. Lo especial que tienen es que son muy tranquilas y pacíficas, algo haraganas: corriendo a toda velocidad, pueden avanzar un par de metros... en un día.

En el Perú, es aún una especie que la gente bota de sus jardines (sí, se mete en cualquiera) y hasta les pone veneno. Sin embargo, tiene sus “hermanos” marinos que son también deliciosos y suelen comerse en ceviches o picante de mariscos. En cambio a los míos todavía los miran con asombro y no se los comerían... por el momento.

En otros países sí son aceptados y hasta considerados un manjar especial. Aprovechando eso, casi todo mi ganado lo exporto, obteniendo muy buenas ganancias.

Otra cosa que no les comenté, es que mis animalitos son muy especiales: cada uno necesita tener un territorio propio, sino, se matan entre ellos; pueden entrar 6 mil en una jaula de dos metros. En estado natural se cotiza a 2.5 dólares por kilo. Después de 8 meses de engorde, ya están listos para ser procesados y enlatados, su valor aproximado es de US\$ 15 por lata, lista para exportar. A pesar de todo, en el mundo hay un déficit de 20 mil toneladas, ya que se consumen en Europa, Estados Unidos y Japón. Alimentar a una tonelada y media de ellos cuesta sólo 150 soles mensuales.

Aunque algunos los miren mal, y no crean en sus propiedades alimenticias, estoy seguro que los peruanos incorporarán pronto en su dieta a mis “escargot”, como les dicen en Francia. Por lo pronto, criar caracoles de tierra en el Perú es todavía una cosa lenta, lentísima...

Diciembre de 1994

LAS METAMORFOSIS



Soy casi casi una hechicera. Hago princesas, demonios, ángeles y seres fantásticos. Convierto la tradición del pueblo en seres de carne y hueso. Transformo a gente común y corriente en personajes dignos de la fantasía más alocada y las leyendas más populares. Alegro sus fiestas y pongo color en sus vidas. Y ahora, con la modernidad, encima me pagan.

Tengo el poder de convertir a bailarines y danzantes en espectaculares “diablos”, a jóvenes campesinos en señores terratenientes o juguetones duendes; pero no puedo transformarlos totalmente, sólo sus rostros y vestidos. Para realizar estos conjuros, no necesito yerbas mágicas o pactos con los apus, auquis o la pachamama; simplemente uso papel, agua, goma y muchos colores.

Esta habilidad la heredé de mis padres, quienes como yo se dedicaban a estas “mágicas” artes. Bordaban vestidos y trajes para las fiestas tradicionales de su pueblo. Ahí veía cómo cambiaban los rostros de los danzantes y sus transformaciones, poco a poco fui aprendiendo la técnica y no sólo podía hacer rostros tradicionales, sino también ir creando e innovando nuevas caras.

¿Es difícil mi trabajo? ¿Tengo problemas con la Inquisición? Ni lo uno ni lo otro. Hasta la fecha no tengo queja de ninguno de los “transformados”,

porque saben que pueden volver a su estado normal cuando quieran. Y hasta pasar su “gracia” a sus amigos o herederos.

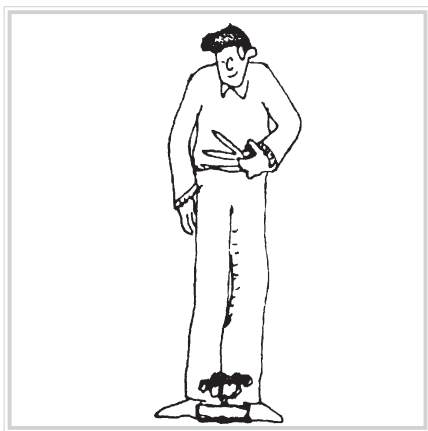
Pero la crisis también golpea a los hechiceros. Antes tenía trabajo sólo 3 o 4 meses al año. Felizmente con la reactivación del turismo, la cosa está mejorando.

¿Cuánto cuestan estas “caras nuevas”? En promedio de 20 a 30 dólares, dependiendo del modelo y los adornos que lleve. Son muy usadas en los carnavales de Ayacucho. Un “diablo”, que generalmente hacen en Puno de metal y pintura, cuesta entre 100 y 200 dólares.

A pesar de todo, el negocio prospera, la tecnología y la ciencia pueden hacer muchas cosas, pero todavía no pueden transformar a nadie en un ser fantástico, por el momento sólo puede hacerlo el folclor y esta humilde servidora, fabricante de máscaras.

Enero de 1995

**EL
GULLIVER
PONJA**



Crío enanos. No para mandarlos a un circo o a una serie cómica de televisión, a diferencia de sus hermanos mayores, a quienes los maltratan a hachazos y los hacen “leña”, los míos son para llevarlos a la casa y “adoptarlos”. Yo soy padre y madre de ellos y sólo pido que los quieran. Y que difundan mi arte.

Estos “hijos míos” poseen muchas cualidades. A pesar de su corta estatura, pueden tener de 15 a 20 años, aunque existen algunos de 80 y 100 años. Son pequeños, no trabajan, y siempre permanecen en un solo sitio. ¿Pirañas? no, por favor, ellos no hacen daño a nadie, al contrario, como los niños, proporcionan alegría y bienestar a sus propietarios.

Esta actividad, aunque parezca novedosa, tiene aproximadamente mil años de antigüedad. Los antiguos peruanos no la desarrollaron. Original de China, fue en Japón (amantes de las miniaturas) donde alcanzó su máximo desarrollo.

Dedicarse a este oficio no resulta difícil, sólo es necesario poseer entusiasmo, aprender algunos rudimentos sobre jardinería y abonos, filosofía Zen y tener mucha paciencia, ya que como toda obra de arte, los resultados no son inmediatos. Uno puede ser ingeniero, médico, militar o bibliotecario e

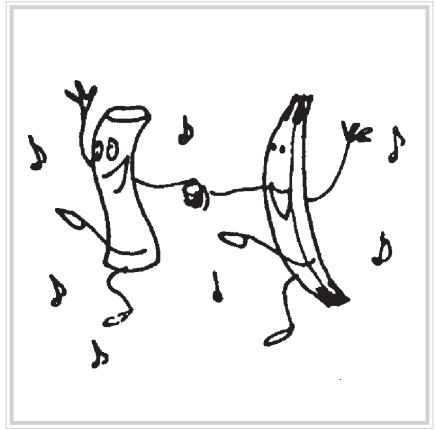
igual puede dedicarse a este menester. En el Perú existen muchas asociaciones dedicadas a la crianza de estos “locos bajitos”, como diría Serrat.

El *bonsai*, el arte de los árboles enanos, cuenta con una gran aceptación en el Perú. Especies que sólo conoceríamos viajando a los bosques o a la selva, pueden estar adornando nuestra mesa de centro o jardín, sin ocupar toda la casa y sin necesidad de grandes inversiones, pero sí de mucho cuidado y amor.

Dedicarse al *bonsai* no es costoso, simplemente hay que aprender los pasos necesarios, para mantener pequeños, pero saludables a los árboles. Algunas técnicas utilizan alambres para darles formas armónicas. Hay variedades de *bonsai* desde los 5 centímetros hasta los de metro y medio. El costo aproximado de cada uno varía desde los 30 hasta los 100 soles y pueden venderse de 100 hasta 300 soles, dependiendo de su edad, variedad, tamaño y belleza. De manera regular y dada su demanda puede ganarse unos 1,000 soles mensuales (*). Anímese y comience a cuidar bellos enanos, se sentirá un gigante.

Febrero de 1995

* Equivalente a US\$ 452 al cambio del día.



*CABEZA
Y MANO*

¿Qué es lo que se carga por toneladas, es contado por cabezas, sumado por miles y es vendido de 5 en 5?

Soy un trabajador manual. Todo lo hago a mano. Como los pianistas, mis ingresos dependen de la agilidad y rapidez de mis dedos. A diferencia de los demás que normalmente tienen 2 manos y 10 dedos, yo llego a poseer, en promedio, unas 3 mil manos. Pero las vendo en un par de días y me quedo siempre con 10. Soy un contador de manos.

Pero las manos que yo cuento no pertenecen a ninguna persona (menos mal), sino que crecen naturalmente. Y a la gente le encanta comérselas. Sólo hay que esperar que maduren, aunque hay personas que, aún verdes, las consumen luego de freírlas. Y es que, francamente, son deliciosas.

Para contar manos hay que levantarse muy temprano y esperar que vengan los camiones de la frontera. En cada uno de ellos vienen generalmente 2 o 3 toneladas de manos. Luego de una selección de calidad, son agrupadas y vendidas por millares.

Para llenar un triciclo son necesarias 2 o 3 mil unidades y se venden a un sol la mano, o sea 5 unidades por un sol.

Primero el dueño del camión “tasa” (a ojo de buen cubero) el total de la carga y le pone un precio aproximado. Un camión de mediano tamaño carga entre 14 y 15 mil unidades.

Yo empiezo a contarlas cuando son bajados del vehículo, pero generalmente “calculo” al ojo la cantidad. Por cada camión me pagan de 10 a 15 soles. En un buen día puedo contar hasta 4 camiones, pero por lo general son sólo 2 (*).

Contar cabezas y manos puede parecer algo absurdo y raro, mas es el trabajo de por lo menos 10 familias. Para contar plátanos no se necesita mucha experiencia o ser un genio en matemáticas. Tener 2 manos y una cabeza bien concentrada es suficiente.

Marzo de 1995

* Equivalente a US\$ 7 al cambio del día.

LA MANO
AL PASO



¡Hola! Deme su mano. No quiero saludarlo, quiero leerlo. Soy un lector. Ya sé que esto no parece una profesión, pero no es así. Leo mucho, sobre todo a las personas. Puedo leer sobre la vida, la salud, saber si una persona es normal o no. No necesito preguntarle a la gente ¿cómo estás? simplemente los leo y ya lo sé.

Muchos que me conoce o han oído de mí, me buscan para que les lea. No es que sean analfabetos (quizás) pero siempre están dispuestos a escuchar y a saber sobre lo que desconocen. Gente que viene en bonitos carros o estudiantes a pie.

A veces soy un cartero que lee las correspondencia de los demás, pero no por malsana curiosidad, sino porque ellos mismos me lo piden. Para ser sinceros, más que leer, lo que yo hago es releer lo que ellos ya saben sobre sí mismos pero no lo quieren aceptar. A veces una carta dice $2 + 2 = 4$, pero la gente quiere leer que son 5. A veces me irritan y les digo: “¡No me pregunten estupideces!”.

En otras oportunidades como los topográficos, leo líneas. Carreteras que van a muchas partes y a veces a ningún lado. Rumbos tranquilos y calmos o curvas peligrosas donde rondan la muerte o la desgracia. A veces los pasajeros que van por estos sitios me preguntan si llegarán o no. Por ética, no

puedo contestarles, no, no se puede torcer la ruta de la gente. Es que estas líneas cambian periódicamente y a veces no van al mismo sitio dos veces.

Me llamo Felipe Siches Ramos. Nací en Chíncha hace 33 años y me dedico a mi oficio desde hace 12 años. Hace 5 que estoy aquí, en la Plaza del Ovalo de San Isidro.

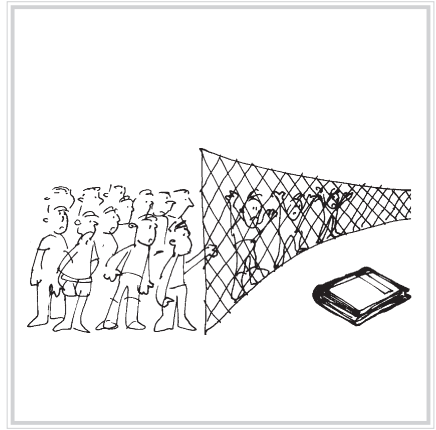
Me pueden reconocer por la licencia N° 652 que hay sobre mi “oficina”. Yo tuve un maestro tibetano que me enseñó el arte. Antes tenía una vida algo disipada, vacía, desorientada. Luego de sus enseñanzas, me encaminé. Me cuido, trabajo duro para la universidad de mi hija. Tengo muchos clientes, casi 10 diarios, y suelo cobrar 5 soles. También me recuseo vendiendo artesanías y cuarzo, pero la lectura me da más.

Sé que en Lima hay muchos otros que se dicen lectores como yo, (si al costado nomás tengo uno que me imita), pero para ser un buen quiromántico (leer las líneas de la mano y saber cartomancia, o sea la lectura de cartas del Tarot) hay que estudiar y conocer a las personas.

Lo que se tiene que saber es que los charlatanes hablan demasiado y no dicen nada. Las líneas de la mano y las cartas te pueden decir todo. Hay un promedio de 30 a 40% de error, pero lo importante es usar la energía psicotrónica (conciencia) de cada uno para el bien. En este mundo, no hay misterios, sólo ignorancia.

Abril de 1995

BOOKBUSTER



“Quien presta un libro es un tonto, pero quien lo devuelve es más tonto”, creo que este dicho, más que creación popular, lo debe haber ideado algún robalibros.

Soy presidente de un club muy exclusivo. Sus miembros no pagan cuota, es más, están obligados a estar permanentemente en el local. Entre ellos contamos con los mejores escritores del mundo. En cambio, los socios activos son un poco más variados: escolares, ancianos o universitarios.

Vivo de las ideas. No soy filósofo ni político. No soy medium o espiritista, ni alterno con el *jet set*, pero a los socios puedo contactarlos con Vargas Llosa, César Vallejo, García Márquez o Dostoievski; viajar a la luna con Julio Verne o pasear por el Amazonas con Ciro Alegría. Pero sólo con uno de ellos por semana.

Más que vender, transmitir o negociar, alquilo las llaves del conocimiento. El único requisito para pertenecer al club es saber leer y ser honrado.

Compartir la cultura o las ideas puede ser también una alternativa rentable. La necesidad de información es tan importante actualmente como comer o dormir: sin ella no se puede vivir o trabajar.

Esta actividad nació como una preocupación por la escasez de bibliotecas para escolares y personas de la tercera edad. Hay gente que sí tiene la posibilidad de comprar libros o revistas, pero una vez leído ¿Qué? O pasan a un estante a llenarse de polvo o terminan en el tacho. Y eso no es justo en un país donde los niños y jóvenes necesitan buenas lecturas.

El *Club del lector* se originó como una necesidad y una retribución. Necesidad de poner en manos de la mayoría obras literarias tan necesarias para el desarrollo y como una retribución por todo el bienestar y placer obtenidos gracias a la lectura.

Compartir el goce de la lectura es sencillo; sólo tiene que acercarse a nuestro local y preguntar por nuestro sistema de alquiler de libros. Es similar a los video rent, con una tarifa de 3 soles por libro. Usted nos encarga uno y al día siguiente se lo llevamos a su casa. Puede tenerlos una semana.

Actualmente tenemos una regular cantidad de socios y junto con otros servicios, como el alquiler de vídeos, podemos sacar un promedio de 100 dólares mensuales. No es mucho, pero esperamos tener más socios. Aníme-se. Prestar libros no es de tontos. Enseñar es de sabios.

Mayo/junio de 1995



GRIFERA

Vivo del petróleo. No tengo camellos ni pozos petroleros, pero trabajo rodeada de surtidores y aceite. No soy bombero ni jardinera, pero todo el día cargo una manguera. También estoy rodeada de metales, pero no de ollas, sartenes o la cocina. No. Vivo rodeada de llaves, tuercas, motores y aros de autos. ¿Mecánica? No, gracias.

Mi trabajo tiene algo de mágico también. Cuando llegan nuestros clientes, siempre esperan encontrar a un gordo con un traje lleno de aceite, contando dinero y... ¡zas! nos encuentran a nosotras: también con ropa de faena, pero arregladas y atentas. Soy experta en contaminación; todo el día compruebo que Lima está llena de humo y de autos que parecen chimeneas ambulantes, pese a la gasolina “ecológica”.

Apenas terminé el colegio, vi algunos avisos solicitando personal femenino, pensé en muchas cosas, mas nunca se me ocurrió que sería algo así. Tuvimos un período de capacitación de una semana y luego a trabajar. Al comienzo todo era sorpresa: la gente nos miraba algo sorprendida y no nos llamaba porque pensaba que no trabajábamos allí. Luego las sonrisas y uno que otro comentario gracioso. Por el momento somos una “especie” que lucha por sobrevivir. En zonas residenciales o clase media, normal, todo es más o menos tranquilo; en cambio en las zonas populares casi no existimos,

porque el machismo es fuerte y más aún los “piropos” de los clientes. Por eso, casi siempre estamos rotando de lugar cada tres meses.

Para trabajar, como nosotras, se requiere tener mente ágil, conocer algo sobre mecánica y autos: de qué marca son, qué tipo de combustible usa, medir el aceite y atender rápido a los clientes.

Por el momento, sabemos que éste es un trabajo pasajero para ascender a cosas de más nivel. Los sueldos son bajos, en promedio se gana unos 250 soles mensuales: 2 sueldos mínimos por 10 horas de trabajo.

Ser grifera no es difícil; siempre que atendemos a un automovilista le deseamos suerte y que no choque; que si va a beber licor, no maneje o que revise su carro cada 10 mil kilómetros. Que nos hagan caso es lo difícil.

Julio de 1995

* Equivalente a US\$ 112 al cambio de la fecha.

**HOMENAJE
DEBIDO**



Me dedico a la música. Me encanta la clásica, la criolla y hasta la chicha. Pero mi alma se llena con los huainos. Uno más, dirán ustedes, de esos que tocan y no se sabe si están cantando, llorando o es que se olvidaron la letra.

Pero tampoco, tampoco, ah. Me considero buen músico y mejor instrumentista. Toco charango, violín y arpa. La gente que me escucha, dice que soy bueno pero eso no me hace especial.

Lo que me hace singular es mi público. Son cientos, quizá miles, que están ahí. Vestidos con sus mejores galas, y hasta joyas. Pero es un público muy particular. Nunca interrumpen ni hacen ruido. No aplauden, no ríen, ni lloran.

Creo que sí me escuchan, mas no puedo preguntarles. Tienen oídos, pero son sordos ante cualquier reclamo. Ni siquiera escogen la música que quieren escuchar.

Mi trabajo empieza generalmente los domingos muy temprano, especialmente los días de fiesta. Vienen los familiares y amigos de mi público y empiezan a pedirme. Maestro, toque “Adiós pueblo de Ayacucho” para mi papá; maestro a ver un huainito bien alegre para mi tía; señor ¿se sabe algún carnavalito de Cajamarca?

Y ahí estoy yo, dale que te dale. Cobramos barato. Normalmente un sol por canción y los días especiales su voluntad: generalmente nos dan 2 o 5 soles. A veces nos pagan con un vaso de chicha o cerveza y, bueno, está bien. Mensualmente obtengo cerca de 300 soles (*).

De mis clientes sé casi todo, donde nacieron, su edad, qué les gustaba hacer, pero nunca les he visto la cara. Si lo hiciera, capaz que me muero de susto. Nunca los he oído conversar, pero hay gente que dice que en la noche arman unas tertulias que se oyen a dos cuadras.

Cuando yo empecé era muy joven y tocaba en la banda de mi pueblo. Fiestas, misas, celebraciones. Ahí tuve a mi primer público, al que acompañaba cuando se mudaban a sus nuevas casas.

Pero aquí, en Lima, no había esa costumbre. Decían que estaba mal, que era un sacrilegio, en fin. Cuando Lima creció y se llenó de provincianos, la costumbre regresó y mi chamba también.

Ahora ya no soy sólo músico, sino también director de grupo. Junto con 4 colegas más, dirijo una pequeña banda musical que tiene gran preferencia en Nueva Esperanza y San Juan de Lurigancho. Por el momento, tengo planes para viajar a provincias y amenizar algunas fiestas patronales, pero siempre regreso a mi actividad principal.

Alguna vez soñé que tocaba y tocaba hasta cansarme y entonces se abría un cajón y de adentro una mano huesuda me decía: sigue tocando que para eso te pagan. Qué miedo ¿No? Bueno, es un sueño nomás. Pero tocar canciones para los muertos creo que, junto con las flores, es un bonito homenaje que alegra el espíritu de los vivos y quizás de los difuntitos también. La música es vida. Hasta para los muertos.

Agosto de 1995

* Equivalente a US\$ 134 al cambio de la fecha.

TRABAJO
AL AZAR



Soy una *dealer* (dóler) que podría traducirse como proveedora.

Trabajo con reyes, reinas, hombres de negocios y amas de casa. Antigüamente este trabajo era algo peligroso. Si al cliente le parecía que no hacías tu trabajo adecuadamente, podía pagarte con un balazo.

Mi labor consiste en jugar, pero no soy deportista. En mi negocio fluye mucho dinero, pero generalmente no lo gano. Trabajo siempre con 52 personajes. No soy cartero, pero tengo que repartir cartas entre los clientes y ellos, al final, tienen que pagar y devolverlas. Tampoco soy adivina, aunque mis clientes desean que mis cartas les traigan suerte.

Me inicié hace un año. Estudié Comunicación Audiovisual, pero me ofrecieron esta alternativa y no me quejo. Luego de una capacitación de seis meses, empecé a trabajar. Primero era *azafata*, aunque nunca subí a un avión, luego *capitana*, *anfitriona* y ahora *dóler*. Los nombres varían de acuerdo con el lugar.

Por el momento, en Lima hay pocas *dólers*. Los tragamonedas y los juegos electrónicos les restan trabajo. Pero las que existen son bien remuneradas. Gano alrededor de mil dólares mensuales, trabajando entre 8 y 9 horas

diarias. Esta actividad cansa un poco, porque generalmente hay que trabajar de noche o madrugada.

¿Por qué mujeres, y no hombres en este oficio? Aunque también hay chicos *díler*, al parecer el público cree que pueden ser como los de las películas, o sea, tramposos, pero no lo son.

El mundo de los casinos y los juegos que ahora abundan en Lima es fascinante y entretenido y sobre todo se gana muy bien. (Aunque esto no se aplica muy seguido a los jugadores).

Ser *díler* implica, entre otras cosas, saber al derecho y al revés los juegos de naipes como el póker, black jack, veintiuno, la ruleta, que son los más solicitados. Mi trabajo consiste en ser caja, es decir, repartir las cartas y hacer el juego. Como dicen generalmente, “la casa gana”, pero hay también casos en que los clientes se llenan los bolsillos.

Los nombres varían según el local. En algunos lugares a las *anfitrionas* se les llama *azafatas* y a la responsable general *capitana*. A las que ayudan a las personas cuando tienen problemas con las máquinas tragamonedas, les dicen *técnicas*. Verdaderamente por mi trabajo debería ser *croupier* o *talladora*, como dicen en Francia y Argentina.

Tenemos todo tipo de público, pero generalmente hay más mujeres que hombres. Casi todos profesionales, empresarios y negociantes que vienen a relajarse y no a ganar dinero. Creo que eso es lo principal: que la gente venga a divertirse y no a querer (o creer) resolver sus problemas económicos con el juego. Ahí conviene recordar un dicho muy cierto: **el que juega por necesidad, pierde por obligación.** ¡Hagan juego señores!

Setiembre de 1995

*UN RETAZO
DE VIDA*



Soy un rey. Y aunque muchos creen que nosotros no trabajamos, en realidad *chambeamos* el doble o más que la gente.

Y es que a diferencia de otras realezas, nosotros mismos nos coronamos reyes y señores de nuestro oficio.

Mi vida está marcada por los trapos. En un trapo me envolvieron cuando nací, mis primeras ropas fueron harapos, vivo de los retazos y seguramente me enterrarán con mis mejores telas.

Mi trabajo empieza en los basurales y termina en las mejores oficinas: en lujosos bancos o establecimientos usan lo que yo alguna vez recogí entre tachos de basura. Previo proceso de limpieza y depuración. Sin trampas, como debe ser. Inclusive tengo RUC.

Empecé en esto para no morir. Buscar una aguja en un pajar es fácil, comparado con encontrar un retazo de tela en el suelo o en la basura. Antes, la relativa abundancia hacía que la gente botara sin más la ropa vieja o los trapos. Luego surgieron los ropavejeros –cambiaban la ropa por pelotas o bateas– y las cosas se pusieron difíciles. Ahora buscamos por las zonas industriales o las fábricas y “escarbando” se puede conseguir algo. Los basurales o rellenos sanitarios también son una opción, pero hay mucha

competencia con los cartoneros, los chatarreros, los vidrieros, papeleros y toda la “realeza” que se ocupa de estos importantes negocios.

Recoger pedazos de tela no es un trabajo. Es sobrevivencia. El kilo de retazos vale 10 céntimos y hasta 30 si los trapos son de algodón. Mientras más dura o fina la tela, más cuesta: 1 sol el kilo de franela y 80 céntimos de sol la de blue jeans.

Mis principales clientes son las propias fábricas textiles o de confección. Ellos reciclan los trapos y los transforman en base para alfombras o relleno de colchones.

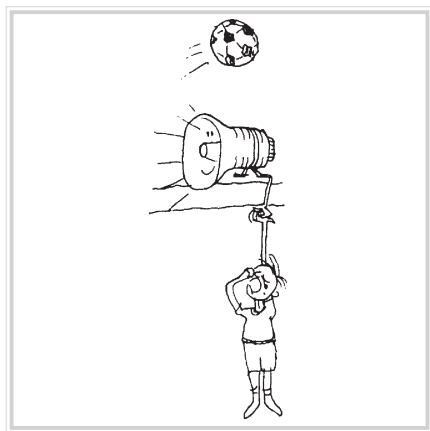
Yo empecé con una bolsa en la espalda, ahora tengo un triciclo y un puesto estable en La Parada. Otros hasta tienen camionetas. Antes teníamos que ir a las fábricas para vender. Ahora algunos compradores nos buscan. En un buen día puedo ganar 30 soles, pero en otros no saco ni 10. Un buen mes es obtener algo de 700 soles (*), con los cuales mantengo a mi familia. Mas esto varía por temporadas.

Como en toda monarquía, mis hijos seguramente heredarán mi “reino”. No les dejaré gran cosa, pero sí mucho trabajo, que los dejará “trapos”.

Octubre de 1995

* Equivalente a US\$ 310 al cambio de la fecha.

*AAATEENNNNCION,
AAATEENCIOOOOOONNNN...*



“Yo soy la voz”. Única, inconfundible, histórica podríamos decir.

Soy un locutor que nunca ha trabajado en una radio. Laboro una vez a la semana, a veces dos. Tengo un estilo propio, pero han sido los cómicos los únicos que me han imitado.

Cada vez que hay un partido de fútbol en el Estadio Nacional, tengo que asistir. Aunque no sea hinchas de ninguno de los equipos. Soy un mito. Algunos creen que no existo, que soy una grabación. Soy invisible. Pueden oírme pero difícilmente verme. Pueden mirarme y no reconocermelo. Todos creen que trabajo en un lugar y estoy en otro. Soy una voz, pero más que eso, soy un mito.

Algunas veces me han puesto ayudantes para que eventualmente hagan mi trabajo, pero no han durado. Se aburren o les falta paciencia. Creo que la gente me extrañaría si otro hiciera esta labor. No hace mucho vino a buscarme un policía, que me contó que siempre había querido conocerme, ya que escuchaba mi voz desde pequeño y siempre tenía la curiosidad por saber quién era.

Para don Antonio Capra Hinostroza de 57 años de edad, ser la voz del

Estadio Nacional es parte de su vida, su pasión. Las jornadas deportivas en el coloso de José Díaz no serían iguales sin él.

Padre de dos muchachos, hincha de la “U”, consiguió el trabajo sin proponérselo. Es el encargado de las transmisiones en el Estadio Nacional, de dar las alineaciones de los equipos, comunicar los mensajes de servicio público (búsqueda de personas, autos mal estacionados) y orientar al público en casos de emergencia, como podrían ser un temblor o incendio. Todos creen que transmite desde la torre central en la tribuna norte, pero él está en la caseta 2 del palco para los periodistas radiales.

¿Cuánto gana? No quiso que se mencionara, pero podemos decir que la entrada al Estadio le sale gratis. Nunca ha faltado en todo este tiempo, salvo una vez y justificadamente.

Entre las anécdotas que le ha tocado vivir, están el de los fantasmas que “penan” en el estadio o cuando se “rajaba” hablando y los parlantes estaban desconectados.

Si usted concurre al estadio San Martín, posiblemente también escuche la voz de don Antonio, ya que se da tiempo para transmitir ahí. ¿Y en el del Alianza? Una señorita se encarga de ese trabajo. Capra, luego de 24 años en estos menesteres, no ha pensado en el retiro y menos en posibles sucesores. “En todo este tiempo he conseguido buenos amigos y observado memorables partidos, que más se puede pedir”.

¡Aaatennnncción, Aaatennnncción, cambio en el equipo peruano...! Es la voz del Estadio Nacional, la voz del fútbol.

Noviembre/diciembre de 1995

**EN ALAS
DEL TRABAJO**



Apareció surcando el cielo de las playas limeñas.

- ¡Es un pájaro!
 - ¡No, es un avión!
 - ¿No estaremos borrachos?
- No. Era yo.

Allá abajo en la playa, veo que la gente se divierte. Algunos me miran y me señalan. Otros niños empiezan a correr para alcanzarme. Más allá las gaviotas graznan molestas por considerarme competencia.

Recién empiezo este verano. Alguien pensó que sería estupendo aprovechar las playas como un área inexplorada para la publicidad. Los avisos estáticos ya no llamaban la atención y el alquiler de avionetas ya se estaba poniendo caro. Entonces pensaron contratar aves humanas. Y aquí estoy.

No soy un pájaro, no tengo alas, pero vuelo (sin sustancias ni nada de eso), tampoco soy un avión, pero tengo motor y hélice. Trabajo en las playas, pero ni me baño. Es más, ni toco la arena.

Aunque muchas personas consideraban los deportes de aventura como

simples entretenimientos para aquellos que podían pagarlas, con el tiempo se ha descubierto que pueden ser alternativas de trabajo para la publicidad y el turismo.

Así me “lancé” a este oficio. Yo practicaba diversos deportes de aventura, pero los que me atraían más era el ala delta y el parapente. El ala delta todo el mundo la conoce: un cometa triangular con un armazón de aluminio. El parapente es mucho más sencillo, un paracaídas acrobático, al que puede adosársele un pequeño motor, como un ventilador, para mantenerse más tiempo en el aire. Un equipo para la practica de este deporte no es barato, pero tampoco demasiado caro. Puede incluso alquilarse para practicar.

Trabajo los fines de semana en las playas del sur. Pueden verme por *León Dormido* o *El Silencio*. Me lanzo con mi parapente y un aviso publicitario y paseo por estas playas. Por estas jornadas puedo ganar alrededor de 500 dólares mensuales.

¿Riesgos? Mínimos, cuando se toman todas las medidas de seguridad personal, lo peor que me puede dar es una erisipela por estar expuesto mucho rato al sol.

Me dedico a la publicidad aérea. Espero que este tipo de publicidad se difunda. No sólo en las playas sino también en la selva y sierra. Sería hermoso ver parapentistas en Machu Picchu o el Amazonas. ¡Me voy volando a trabajar!

Enero/febrero de 1996



¿ADIVINA
QUIEN SOY?

Soy un buscador de tesoros. Explorador, detective, encuestador, cazarrecompensas, minero de superficie y campesino de profundidades. Siempre rastreando, indagando, preguntando por un tesoro a la vista de todos, pero oculto a la mirada. Un tesoro que vale incluso la vida, pero que otros con disgusto o quizás desprecio no aceptarían.

También me dedico al reciclaje. Antiguos tesoros o joyitas que como dicen nuestros jóvenes “ya fueron” y hoy no merecen ni una sonrisa.

“Especialista en sobrevivencia o en sobrevivientes” es otro de los títulos que me acompaña. Frente a hechos, donde cientos, quizá miles, son arrastrados por las circunstancias, surgen personas, quizá mejores o peores, que por alguna razón, no se dejaron ahogar en un vaso de agua.

Hasta ahora tu camino amigo lector ha sido fácil; siempre algún detalle te daba una pista, o consumido por la curiosidad leías el final: hoy no tendrás tanta suerte.

¿Cómo lo hizo? es casi siempre la primera pregunta que me hacen, y cuando esperan la consabida respuesta sobre algún hecho milagroso o la sucesión de fuerzas misteriosas, surge la misma respuesta: “se me ocurrió”.

Estos son los tesoros que busco y que aparecen en sitios inesperados. Quizás usted tenga uno frente a sus ojos y no lo vea. O tal vez necesite apreciarlo no con los ojos, sino con el corazón. Como los optimistas hay que ver la montaña y no los abismos que la rodean.

¿Cuánto gano? esa pregunta todavía produce vergüenza en nuestro país y en nuestras gentes, porque todavía no ganamos; simplemente sobrevivimos. Gano en experiencia, gano en alegría gano en cosas que no se pueden poner en una balanza. Como algún antiguo filósofo, puedo pasar por los mercados para ver todas las cosas que no necesito para vivir.

Empecé hace casi cinco años, por curiosidad, por necesidad de comprender por qué algunos preferían pedir limosnas en lugar de trabajar (pudiendo hacerlo). Preguntándome por qué en los sectores más pobres la gente era más productiva y dónde menos delincuentes se encontraba; datos y cifras que no respondían el por qué este país sobrevivía. Angeles o demonios aún sostenían el Perú.

Me dedicaba a buscar fantasmas. Pero no intangibles, sino de carne y hueso. Fantasmas que causaban asombro y admiración pero que a fuerza de crisis económica e indolencia ciudadana se habían vuelto, mas que invisibles, transparentes; la gente pasaba frente a ellos y no se daba cuenta.

Mi trabajo consistía en descubrirlos y hacerlos visibles; veces era fácil; la gente que tenía ojos para ver, me contaba de ellos y luego los encontraba; otros eran simplemente recuerdos borrosos de alguien o un comentario al vuelo.

Primero iba solo y cuando los descubría, llamaba a Mayu, a Miguel Carrillo (nuestra reporteros gráficos) y ellos con su particular magia, los hacían visibles.

Luego cuando teníamos todo, la cosa era volverlos adivinanza; quizá la parte más difícil, por que no todos eran espectaculares; ahí entraban a tallar, mis compañeros de aventuras, Juan José, Orlando, Agustín; sumaban ideas o palabras y al final exorcizábamos al fantasma.

Al hacer este recuento del camino recorrido, he comprobado que mu-

chos de nuestros “fantasmas” ya no están; se volvieron visibles o simplemente la ciudad los devoró; los que quedan siguen causando admiración, pese a que los circos, ferias y los políticos son una gran, y a veces, desleal competencia.

¿Ya adivinaron? Bueno, bueno, no lloren que aquí está la respuesta. Aquí no preguntamos quien, sino adivina quiénes somos. Exacto ni más ni menos, los buscadores de héroes, fantasmas y magos, no los de las novelas sino los cotidianos; los que escribimos e hicimos **ADIVINA QUIÉN SOY**.

Agosto 1996